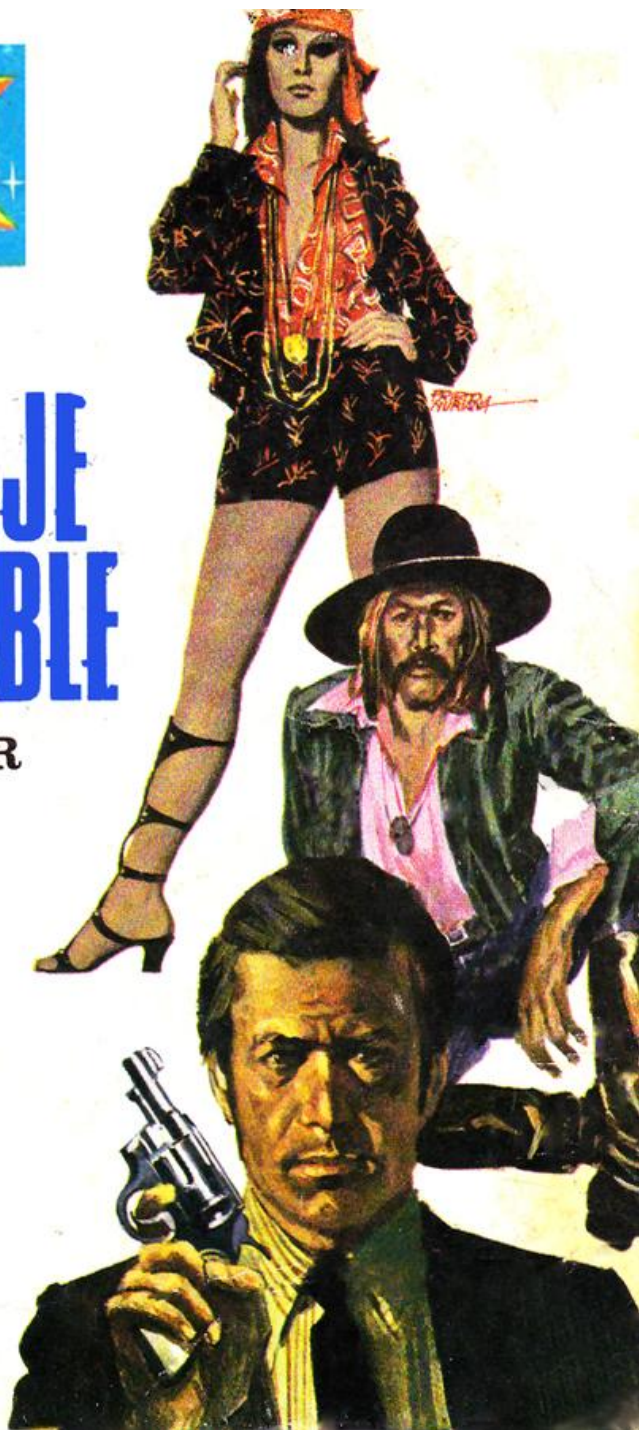


FBI

SABOTAJE IMPOSIBLE

**MORTIMER
CODY**



MORTIMER CODY

"SABOTAJE IMPOSIBLE"

Primera edición

EDITORIAL ROLLAN, S.A.
Madrid
año

CAPÍTULO PRIMERO

Como mujer. Jane Dewitt estaba, aquella noche, realizando el último esfuerzo; el supremo.

Jane Dewitt sabía que no era una gran belleza; más bien una mujer del montón, pero aun así contaba con atractivos que, realzados, un tanto velados, o sugeridos, en exótica combinación, podían dar resultado. Debían dar resultado.

Lo que sí tenía de bello Jane eran los ojos; grandes, negrísimos. Ojos llenos de pasión, de celo; porte con estallante vitalidad; formas casi rotundas... No; no era hermosa, pero sí una mujer, o así lo pensaba ella, capaz de hacer feliz a un hombre; concretamente, a Bill Dewitt, su propio esposo. Además, Bill debía ser feliz sólo por la instancia de lo mucho que ella, Jane, le amaba; con locura.

Y Jane, aquella noche, se puso el más sugestivo camisón, color malva, con prendas íntimas oscuras; un camisón largo hasta los pies, con transparencias, con algo de velo misterioso en el conjunto. Se había cepillado el cabello, y lo llevaba suelto; negro, como los ojos. Y brillante. La pujanza de Jane, a sus treinta años era indiscutible.

Llevaba un discreto maquillaje; sombras en los ojos, apenas algo en los labios, para que resultaran más tersos, y con ligero brillo...

Y así ataviada, tras haberse contemplado largamente en el espejo de su dormitorio, abandonó la pieza, dirigiéndose a la salita del modesto «cottage» en que vivía con Bill, su esposo, en Manukai Street, a sólo quinientas yardas de la arena de la playa de Waikiki, en Honolulu.

Más que caminar, se deslizaba; la estela de perfume, sutil, agradable, debía saturar el ambiente en cuestión de segundos.

Llegó bajo el dintel de la puerta de la salita, y quedó quieta,

mirando a Bill; le miraba con... fuego; como si tuviera encendida en sus pupilas una hoguera de adoración hacia aquel hombre que estaba... tirado, echado, en un sillón, descamisado, desgredado, bebiendo..., ya con los ojos enrojecidos.

Bill, al parecer, no observó la presencia de su esposa.

Jane empezó a morderse los suavemente maquillados labios.

Miró la botella de *whisky*, comprobando que en menos de media hora Bill había bebido casi la mitad. Era un exceso, un torpe exceso... Bill no comprendía, no quería comprender, quizás, que lo que había dejado atrás era cuestión de olvidarlo; que debía mirar hacia adelante, hacia el futuro, pero no, por supuesto, a través del ámbar del *whisky*, o a través del velo, espeso, ceñido, obstinado, con que se envolvía el cerebro a causa del alcohol.

—Bill —musitó, por fin. Jane.

William Dewitt apenas giró un poco el rostro, mirando con sus ojos enrojecidos a su esposa. Mirándola..., como si ni la viera; con un desinterés que bien podía desintegrar la moral, la pasión, el amor, de una mujer..., de una mujer de las que se rinden. Pero Jane no. Jane no se rendía.

—Creí que dormías ya... —Gruñó con voz algo estropajosa, Bill.

—No... Te... te estaba esperando —susurró ella, acercándose unos pasos a Dewitt.

—¿A mí? ¿Para qué?

Jane pestañeó; palideció bajo la sutil capa de maquillaje.

—¿Lo... preguntas, Bill? —inquirió, casi con un sollozo—. Parece que olvidas que soy tu mujer, que te...

—¡Déjate de sermones! —estalló, con violencia, poniéndose en pie, Dewitt—. De todos modos, voy a darte una respuesta: no olvido nada. No temas, no olvido... Sé quién eres, lo que necesitas, lo que pretendes, y... Ya basta. Me duele la cabeza. Vete a la cama, déjame solo; necesito pensar. Las cosas marchan mal para mí, para nosotros.

—El hecho de que me grites, bebas, y... hagas otras cosas, Bill, no solucionará ningún problema.

Dewitt, un poco torpe sobre sus pies, miró a los ojos de Jane.

—Tal vez no —rezongó—. Pero es cosa mía. Buenas noches.

Jane, entonces, apretó los labios. Pareció revivir con una intensa llamarada la hoguera que llevaba en el fondo de sus pupilas; una

mirada... difícil de interpretar, incluso para Dewitt, que creía conocerla bien.

—Eres un cobarde, Bill —dijo, de pronto. Jane.

Bill, con un movimiento torpe,ladeó la cabeza, para mirarla de soslayo. Al rostro. No a los encantos femeninos de Jane, sino al rostro, a los ojos, allá donde estaba la hoguera.

—Cobarde... Soy un cobarde, ¿eh? ¡Qué broma, Jane...!

—Quizás en la Marina hayas sido un héroe, pero en casa...

—¡En mi casa sí siento miedo! ¡Me abruma la responsabilidad...! Llego del infierno, y... lo que dejé aquí, excepto tú, está pisoteado. Está...

—Puede que hayan ocurrido las cosas como dices, pero ahora me estás pisoteando a mí, sin piedad, Bill —cortó Jane—. Sin embargo, no estás en condiciones de discutir; ni siquiera de pensar. Bill... —Se acercó más a él; le envolvió con la mirada, con el perfume, y con ambos brazos—. Bill mi vida... Tampoco quiero que esta noche discutas, ni pienses, ni sufras... Ni siquiera me has mirado, pero te lo voy a perdonar y...

—Déjame, Jane. ¡Déjame solo! Vete a la cama. Yo..., ya te lo he dicho, siento un fuerte dolor de cabeza, y..., saldré. Quiero despejarme un poco. Sólo una vuelta; me tranquilizaré, ya lo verás. Jane..., estoy en... un momento en que podría llegar a tomar resoluciones graves. ¿Comprendes?

La palidez de Jane se hizo más ostensible.

—¿De qué hablas, Bill? —inquirió casi sin voz.

—Dejémoslo ahora. Ve a...

—¿Se trata de mí? ¿Quieres dejarme? ¿Vas...?

—Jane... Jane, basta. Buenas noches.

La dejó plantada.

Ni oliéndola, ni teniéndola pegada a él, ni percibiéndola... Ni así; se iba de su lado... Y decisiones graves, importantes. Bill era un cretino, un estúpido, si creía que ella estaba ciega, que era sólo una dulce mujercita capaz de soportarlo todo... Bill estaba en un error; tremendo error.

Parecían dolerle, quemarle, los ojos a Jane cuando Bill, agarrando la chaqueta, blanca, y un tanto sucia y arrugada, se marchó de la salita sin una palabra más; instantes más tarde, abandonaba el «cottage».

Jane estaba apretando los puños; algo la ahogaba; algo que había aparecido en su garganta; una bola de sollozos... Pero..., ¿llorar? ¿Llorar? No. No, no... No era la solución. Para Bill, la solución no era beber; para ella, la solución no era llorar. Jane no tenía nada de mujer pasiva, de mujer que espera... Jane, aquella noche, había querido revivir en Bill la alegría de estar vivos y juntos, y él la rechazaba. No... Ni eso. Era peor, y más humillante: la ignoraba...

Jane no quiso llorar; se tragaba la bola, los sollozos, apretaba los puños, se clavaba las uñas en las palmas.

Era un club discreto. Un rótulo, en azul y rosa, indicaba: «Heliotropus».

Por dentro no era más que un local tirando a diminuto, con una atmósfera cargada, con música a gusto del público, que o bien se perdía en las sombras del contorno, en las mesas, que parecían hundirse en la oscuridad, o bien, en la pequeña pista, se confundían en un abrazo que duraba tanto como la pieza... Sólo a la pista llegaban los ramalazos de luz psicodélica; blanco y negro, sombras, dolor de ojos y oídos.

La mujer estaba sentada en un cómodo banquito, detrás de una de las mesas. Sobre ésta, un combinado rezumante, que se calentaría a poco que tardase en consumirlo; pero ella fumaba, sin prestar la menor atención al refresco, ni a la pista, ni a la música; para ella sólo tenían interés las escaleras que desde el pequeño vestíbulo de entrada conducían al local propiamente dicho.

Ya un poco nerviosa, acababa de encender el tercer cigarrillo, cuando vio al hombre; al tipo alto, rubio, fuerte, desgreñado, sin afeitar, con la chaqueta blanca, algo arrugada y algo sucia, colgando de un hombro.

Bien, ya estaba allí Dewitt; temió que no llegase...

Dewitt empujó a la gente. Sabía hacia dónde tenía que dirigirse, e instantes más tarde estaba en pie, frente a aquella mujer, observándola.

La mujer, al ver los ojos de Dewitt no dejó de ver, aunque con notoria fugacidad, una mueca dura, de desagrado en su boca. Luego, dijo:

—Siéntese, Dewitt. Creí que no vendría.

Sin despegar los labios, Dewitt se sentó. De espaldas a todo, a

excepción de aquella mujer. De espaldas a la música, a las parejas, a la luz psicodélica; él mantenía el rostro en la sombra... y sombrío. Encendió un cigarrillo, y miró a la mujer a los ojos.

—Estoy dispuesto a escucharla —dijo.

—Lo esperaba, Dewitt. Sin embargo, no creo que éste sea el lugar adecuado. Ni tampoco el mejor momento. Ha de estar despejado —fue la respuesta de aquella mujer.

Dewitt esbozó una sonrisa forzada, torcida y gruñó:

—Aprovéchese ahora... Más adelante, si me despejo, podría no desear escucharla, *madame*.

—No soy francesa, ni señora.

—Tampoco me ha dicho su nombre —alzó la mano cortando las palabras que ella parecía ir a pronunciar, y agregó—: Ni me importa, de momento. Dewitt y una desconocida, así está bien. Lo único que hay en común entre usted y yo es que vamos a hablar de dinero, ¿no es así?

Ella vaciló; tocó el vaso de su combinado, pero sin hacer acción de ir a beber.

—Llámemme Susan —murmuró—. Y puestos a hacer las cosas bien, dado que es la segunda vez que nos vemos aquí, podríamos bailar, o...

—No bailo. ¿Hablamos, Susan?

—Aquí, y ahora, no es posible. Ya tengo su respuesta afirmativa, Dewitt, y, hay que estudiar otras cosas. Por lo pronto, no obstante, para que no se arrepienta al despejarse, repetiré la cantidad que usted recibirá por el trabajo: medio millón de dólares, pagado al contado, en billetes legales, y como usted prefiera... Sentado esto, creo que lo mejor será que aguarde mi llamada telefónica mañana, en su casa. Será al filo del mediodía, y... le citaré ya en otro lugar, donde se hablará con detalles de todo.

Dewitt miró la brasa de su cigarrillo.

—¿Usted tiene ese medio millón, Susan? —inquirió, de pronto.

Por primera vez sonrió Susan, respondiendo:

—Mucho más. Pero voy a aclarar algo: no soy yo quien paga.

—Ah... Y... ¿Sobre el trabajo?

—A usted le van las cosas mal, ¿no?

—Pésimamente —gruñó Dewitt—. Ya lo sabe. No voy a repetir mi historia... Por lo demás, mucha gente no comprendería que yo,

tras dos años de guerra, de jugarme la vida en Vietnam, no desee, no quiera..., y no pueda seguir, seguir vendiendo automóviles. No sé... Soy otro, Susan... Por lo que he visto, por lo que he vivido, por lo que he sufrido... No concibo mi vida, para el futuro, con la sonrisa para..., para los clientes, para... En fin, no importa.

—En efecto, no importa. Usted dijo que estaba dispuesto a todo, Dewitt. A todo.

—Sí.

—Pero no beba.

—No pienso en mí cuando bebo, Susan...

—No piense en nadie. En nada. En su trabajo; en el que se le encomendará.

Dewitt asentía con movimientos de cabeza; se acarició el mentón recio, viril, sin afeitar.

—Está bien —gruñó.

—Ahora, Dewitt, si no quiere que nos comportemos como una pareja normal que desea pasar una velada agradable, es mejor que nos separemos. Espere mi llamada; recuerde: al filo del mediodía.

Dewitt se humedeció los labios.

—Amo a mi esposa —murmuró—. Supongo que eso no es inconveniente.

—Eso, en realidad, es admisible, Dewitt —repuso Susan—. Pero acépteme un consejo: no debe permitir que ella se inmiscuya. Guarde el secreto. Yo sé que su esposa haría vacilar, tambalear, su... impulso actual; ese deseo de emerger de lo que tiene delante, ese futuro sin sentido... Ame a su esposa, pero déjela al margen.

—Lo hago ya... Es... muy difícil —se pasó una mano por la frente, recordando la escena de aquella noche, hacía menos de una hora—. Pero es mi problema, y sabré resolverlo, Susan.

—Eso espero —dijo Susan, agregando—: Hasta mañana; recibirá instrucciones ya mucho más concretas.

Se puso en pie; apenas había sorbido algo de su combinado. Y dejó a solas a Dewitt en la mesa, con los puños en el mentón, acodado en la mesa, completamente alejado de la música, de aquel ambiente psicodélico, de luces y sombras cambiantes. Ni siquiera dirigió una mirada a Susan, mientras ésta se alejaba.

Y valía la pena hacerlo, por cierto, ya que a Susan no se la podía calificar como mujer del montón; no. Con su aire joven, con sus

hermosas formas, con aquel minivestido muy escotado, cortísimo, de tono azul claro, que hacía más rubios sus cabellos, más doradas sus piernas.

Junto a Beach Walk Park, ya muy cerca de la playa, a la vista de cocoteros, de sombras móviles a causa de la brisa, a la vista de algunas flores, entre las que destacaban planteles de blanco hibisco, Susan, tras dejar el auto, echó a andar, como si tan sólo se dispusiera a dar un tranquilo paseo por el bello parque cercano a la playa de Waikiki.

No obstante, al llegar detrás de unos setos se detuvo. Introdujo la mano en el bolsito; tanteó algo, pero dejó la mano dentro; el bolso estaba situado de un modo un tanto extraño, mientras que la actitud de Susan era tensa, fría.

Sí, allí estaba...

Veía avanzar a una especie de torpe fantasma, que se movía por el parque, por aquel contorno, haciendo demasiado ruido. Una mujer con un jersey negro, y pantalones; una mujer de cabello muy negro, y ojos estremecedores, encendidos...

Jane Dewitt buscaba, desorientada. Había perdido a aquella mujer, a la hermosa rubia. No la veía..., pero estaba por allí, cerca. Quizás esperando a Bill. Sin quizás: esperándole. No... no iban a consumir su basura en un lugar público, claro. Allí, en el parque, era más discreto, y acogedor, incluso. O en la playa. O quizás, con el auto de la rubia, un Jetstar 88, rojo, podían ir a un motel...

—No se mueva.

La voz sonó seca, autoritaria, a espaldas de Jane, y ésta, sorprendida, estuvo a punto de soltar un grito. No obstante, se rehízo de inmediato. Era voz de mujer, y sólo podía ser ella..., sólo la maldita rubia, de maldita belleza, y de más maldita juventud.

—Me ha estado siguiendo —oyó Jane, de nuevo, aquella voz.

Entonces, con el rostro deformado por la ira, aunque trataba de disimularlo, aunque pretendía dar a entender que pensaba tratar con calma aquel asunto. Jane se volvió, para ver a Susan, que estaba allí, bañada por la luz de la luna, con tonalidades rosadas, tras haber dejado el seto. Jane ni siquiera reparó en la mano que ella tenía en el bolso, ni en la posición de éste. Aquélla, simplemente, era su enemiga...

—Sí, la he seguido —susurró Jane, mirándola a los ojos con

fijeza.

—¿Por qué razón?

—Ha debido adivinarlo.

—No perdamos tiempo. ¿Quién es usted?

—Jane Dewitt. Eso lo explica todo, ¿verdad?

Susan pestañeó; luego, aunque leve, fugaz, se advirtió un gesto de rabia en su boca.

—Señora Dewitt... Esto es estúpido —masculló Susan.

—¿De veras lo cree?

—Pero ¿qué está pensando usted? ¿Qué...?

—Por simple pudor, prefiero no decírselo —cortó Jane—. Tampoco es momento de emplear eufemismos; no me gustan. Llamo a las cosas por su nombre. Y usted es..., lo que estamos pensando ambas.

Susan meneó la cabeza; entendía que se encontraba ante un absurdo e inesperado problema: los celos de Jane Dewitt. Bien, había que persuadirla de que eran injustificados, de que estaba en un completo error; que nada había de cierto en lo que Jane sospechaba. Por lo demás, había que buscar una excusa válida para los encuentros de Susan con Dewitt, ya que de otro modo Jane no la creería. Y, es obvio, no iba a decirle la verdad; sólo mentiras convincentes...

—Señora Dewitt, podemos hablar... —musitó Susan.

Depuso su actitud de amenaza y defensa a un tiempo.

Jane masculló:

—¿Hablar? ¿Usted? Por favor, no sea cínica... Soy yo quien tiene que decir algo. Hace dos años y medio que me casé con Bill, amándole con toda mi alma, aunque..., es extraño, menos que ahora. Estuvimos dos años separados. ¿Voy a explicarle mi angustia? ¿Voy a explicarle mi sensación de ahogo, de asfixia, cada vez que recibía una carta, temiendo que se tratase de la misiva del Alto Mando en la que se me comunicaba la muerte, la pérdida de Bill? Usted no lo entendería. Y..., por fin, le recupero... Le recupero, y le vuelvo a perder. Usted, usted es peor que la guerra.

—Señora Dewitt, comprendo muy bien todo eso, pero quiero aclarar algo: su esposo y yo...

Fue entonces.

Un ataque brutal, inesperado.

Un ataque con tal ferocidad, y fuerza, que impidió a Susan reaccionar adecuadamente, y a tiempo; fue el ataque de una pantera furiosa.

Y cuchillo en ristre, un formidable cuchillo, Jane se abalanzó sobre ella, para, con el primer golpe, clavarle el cuchillo entre los senos; lo retiró, y volvió a clavar. Y otra vez, y otra, y otra... Allá, enloquecida de celos, en la soledad del parque, bajo la luna que parecía tornarse más roja, por mimetismo con la sangre que manchaba a Susan, de pecho hacia abajo.

—¿Qué tenías que decir tú? ¿Qué? —mascullaba, desgredada, sudorosa, Jane—. ¡Ya no me lo quitarás! ¡Ni tú, ni ninguna como tú! ¡Os conozco, sí! No queréis nada, a menos que ya pertenezca a alguien. Muere, muere, muere. ¡Eras muy bella! ¡Pues muerta vas a ser un monstruo! ¡Un monstruo, un monstruo!

Jadeos, cuchilladas, salpicaduras de sangre...

Por fin, Jane, algo tambaleante, cesó.

Tenía los negros ojos dilatados, inflamados.

Miraba de un modo hierático a la muerta, a aquella mujer destrozada, inmóvil, retorcida.

Luego, conteniendo sus deseos de chillar, echó a correr.

CAPÍTULO II

Caminando silencioso, pisando el suelo alfombrado, Dewitt tanteó sobre la mesita de noche, hasta dar con el interruptor de su lámpara. Se hizo la luz; más bien leve. Dewitt había dejado la chaqueta tirada en el saloncito, y tan pronto se hizo la luz, miró a su esposa, esperando verla dormida...

Casi respingó al ver los ojos de Jane clavados en los suyos; aquellos ojos negros, que indicaban tormenta. Y Jane, de pronto, sonrió. Una sonrisa que Dewitt no conocía, que le hizo pestañear... Jane, además, se destapó, quedó sentada en el lecho, con un simple y vulgar pijama de casaca y pantalón, estampado, con fondo negro.

—Creí que estarías dormida, Jane —musitó Dewitt.

—¿Cómo es posible que creyeras que podía dormir, Bill?

—Bien...

—Vayamos al grano, si es que... tienes la suficiente entereza para escucharme, Bill, Te aconsejo que te sientes.

Es más: yo misma to iré a buscar la botella de *whisky*. Lo vas a necesitar.

Dewitt, silencioso, la miraba, sin comprender.

No obstante, se sentó. Iba a tomarlo con calma, no discutir con Jane. La amaba, y no quería hacerla sufrir.

—La he matado, Bill.

Lo dijo de golpe, con tono rasposo, con voz enronquecida, y mirando desafiante a Dewitt, quien, a juzgar por su expresión, comprendía menos cada vez.

—¿No oyes? La he matado —repitió Jane, en pie, fulgurante la mirada, agitado el pecho.

Aturdido aún, Dewitt se puso en pie.

—Jane..., ¿de qué estás hablando? ¿A quién has matado? Es...

una broma, claro —susurró.

—En absoluto. ¿O no la viste en el parque, muerta? ¿No acudiste a la cita? ¿De veras?

—¿Qué... qué cita? ¿A quién has matado?

—No la verás más. No me abandonarás por las noches, fingiendo dolor de cabeza, fingiendo querer dar un paseo a solas, para... para reunirte con ella en ese horrible club. Las dos veces os he seguido hasta allí. La vi salir sola esta noche; la seguí... Ella se dio cuenta, y... Pero esos detalles no importan: he acabado con ella, y es todo. Tan joven, tan rubia, tan hermosa. ¡Y muerta, muerta!

Jane, tras su estallido, empezó a desconcertarse.

En realidad, era difícil adivinar la reacción de Bill ante la noticia, pero..., Jane debía esperar otra cosa; quizás gritos, protestas, negativas, acusaciones...

Y no.

Bill Dewitt no hacía nada de eso; estaba como fosilizado, grisáceo el rostro, las pupilas dilatadas...

Quieto como un esqueleto de museo.

De súbito, soltó una especie de gemido, y cayó sentado sobre el borde del lecho.

—Jane... Jane, ¿qué has hecho? ¿Qué...? —Logró articular, con la voz estrangulada.

—¿Tanto te importaba esa mujer?

La miró; meneaba la cabeza.

Aquellas enormes gotas de sudor, que de pronto, aparecían en la frente y el rostro de Bill Dewitt, y que rodaban hacia la boca y cuello desorientaban a Jane. No. No era aquélla una reacción lógica, de marido infiel a quien anuncian el asesinato de la amante... Era..., miedo. Era auténtico miedo lo que había en la expresión de Dewitt; en sus ojos, en su sudor, en su lividez... Era miedo.

—Responde: ¿tanto te importaba? —insistió, aunque con menos fuerza, un tanto vacilante. Jane.

—Nada... Nada. Jane. Esa mujer, para mí, sólo representaba una gran oportunidad... Ella no era nada para en el sentido que tú has querido darle. Por Dios, Jane, ¿es eso lo que sospechabas? ¿Por qué no hablaste conmigo? ¿Por qué? Tú... tú... ignoras lo que has hecho... ignoras que acabas de desencadenar la catástrofe.

—Pero ¿tanto te afecta?

—¿Aún no quieres comprender? —estalló Dewitt, endose, mirando a Jane como si sintiera deseos de estrangularla.

—Bill...

—Tú y tus celos... Y yo y mi silencio. Está bien, no voy a culparte demasiado. Ha sido por mí... Yo debí reingresar en el empleo de vendedor de coches, y olvidar que tengo tripas; que mi boca sólo ha de servir para hablar de comodidad, de velocidad, de seguridad, y de frenos de automóviles, y sonreír a los estúpidos y exigentes clientes. Sí, debí conformarme con eso. ¡Pero no lo hice! Y... y tú. ¿Cómo has podido hacerlo. Jane?

Ella también palidecía.

¿Error? ¿Se había equivocado? ¿No eran citas de amor?

—Bill..., Bill, tengo mucho miedo. ¿Qué pasa ahora? —Casi sollozó.

Dewitt se acercó a ella, tratando de calmarse; la tomó por los hombros, la abrazó; notó el violento temblor de Jane... Con la boca casi pegada a los cabellos de ella, musitó:

—Escucha esto, Jane: tengo que huir.

—Dios mío... ¿Por qué has...?

—No quiero darte explicaciones. Ni siquiera mi paradero, de momento. Es todo. Yo..., al desaparecer, me acuso de ese crimen. ¿Lo entiendes? Será como si lo hubiera cometido yo. Por nada, si llegase alguien a hacerte preguntas, admitas haber matado tú a esa mujer... Y di que nada sabes de mí, lo cual va a ser cierto. No hables de tus celos, de que nos seguiste. Finge ignorarlo todo. Todo. Y ni una palabra más. Es urgente que yo huya, que me oculte... Bajo tierra si es posible.

—Bill..., ¿qué... qué he hecho? No puede ser... Yo creía que...

—Está hecho ya. Jane. Mi maleta, un poco de equipaje.

—No... ¡No, Bill! Me acusaré, diré la verdad y...

—¡Basta! Haz lo que te digo.

—Bill, te amo. No puedo permitir que...

Dewitt se desasíó de las manos de su esposa, que parecían garras en aquellos momentos.

El equipaje. Poco, y rápido, además.

Aún había unas horas de margen, antes de que quedara al descubierto la muerte de Susan, pero él necesitaba aquellas horas,

aquel tiempo, para buscarse un buen refugio... Sí, era cuestión de aprovechar los minutos...

Y oyendo y desoyendo a un tiempo, los sollozos de Jane, Dewitt se dedicó a llenar de cualquier modo una pequeña maleta. Luego, sin más, iba a marcharse, pero se encontró con Jane aferrada a él, abrazada a él, con desesperación, pegándole el rostro, humedeciéndole con sus lágrimas, sollozando abiertamente.

—Bill..., Bill, no te vayas. Yo me acusaré; me...

—Sólo te pido una cosa: haz lo que te he dicho. Finge ignorarlo todo. Ya tendrás noticias mías.

Se separó casi con brusquedad de Jane.

Se iba.

Jane, de rodillas, estremecida, sollozaba; con el cerebro convulso, inútil vacío... Una masa que temblaba, incapaz de desarrollar un solo pensamiento sensato.

Por lo general, el agente especial del FBI Sid Kiwanis era un hombre de buen talante. Un tipo alto, de huesudos hombros, y rostro algo afilado; moreno, ojos pardos... Vestía su traje claro, camisa, corbata; un hombre correcto, sin duda. Y sí, de buen talante.

Pero en aquellos momentos, Sid Kiwanis mostraba en su rostro una frialdad apabullante; una mueca dura, prieta, salvaje, que, quizás quería ocultar también un poco su auténtico horror por lo que estaba viendo, en una nave del depósito de cadáveres de Honolulu.

El auxiliar había destapado medio cuerpo de la víctima.

En especial, el rostro era una masa irreconocible; cuchilladas, cuchilladas... Cortes, sangre. Luego, el busto... Era una pesadilla.

—Tápela —musitó Kiwanis por fin.

El auxiliar agradeció la orden. Y también el canoso teniente de la Metropolitana, Conger, que estaba de acompañante de Kiwanis. En realidad, era Conger quien había llevado allí a Kiwanis. Y, sin una palabra más, los dos hombres, el federal y Conger, se dirigieron hacia la salida de la nave. El corredor les condujo a un blanco y aséptico despacho, donde eran esperados.

Tras breves presentaciones, el forense, doctor Maloney, dijo:

—Habrà visto, Kiwanis, que la víctima está completamente desfigurada. Cuando el teniente Conger la trajo, discutimos sobre la

intervención del FBI en el caso; yo me mostré favorable a ella, dado que considero que..., ha habido mutilaciones criminales. Se da ese caso en la víctima. El teniente Conger no parecía de acuerdo, y ahora...

—Es por otras causas, por las que he recurrido al FBI, doctor —gruñó el teniente Conger.

—Ya...

—Aparte, claro está, de que admito que..., ha habido esas mutilaciones. Bien, el caso, Kiwanis —le miró—, es que la víctima no ha podido ser identificada. O, más exactamente, diré que se producen circunstancias extrañas, en los intentos de identificación. Aquí, lo único que nos resta por hacer es tomar los efectos de la víctima, y usted y yo hablaremos, Kiwanis. ¿Le parece bien?

—Cuando quiera, Conger.

Terminaron allí los requisitos, y el teniente, con un saquete que contenía los efectos de Susan, el bolso tan solo, en realidad, con su contenido íntegro, acompañaba a Sid Kiwanis hasta el auto de éste. Ya acomodados, el teniente dijo:

—Podríamos ir a Beach Walk Park; allí fue hallado el cadáver.

—De acuerdo.

A moderada velocidad, el auto inició la marcha. Desde Honolulu a Waikiki, por la bella Kalakaua Avenue, con cocoteros en los bordes, con vistas al azul del mar, con muchas salpicaduras blancas, de yates, barquichuelas, balandros, lanchas...

—¿Empezamos, Conger? —inquirió Sid Kiwanis.

—No es mala idea...

—¿Nombre y datos personales?

—Lo que consta en su licencia de conducir, único documento que hemos hallado en su bolso —lo golpeó con el dedo—. Se llamaba Susan Ward. Tenía veinticinco años; soltera, modelo de profesión, con domicilio en Moiliili.

—¿Han estado en el domicilio, Conger?

—Sí. Bueno, esperábamos hallar algún familiar, o similar... El caso es que se trata de un pequeño *bungalow* con dos piezas y servicio, sin vecinos cercanos, sin un alma que pueda aportar el menor dato. Por consiguiente, nada que hacer en ese terreno. Entonces, buscamos antecedentes, etcétera; no le voy a contar como se sigue un proceso de identificación ahora...

—Sólo las conclusiones, Conger —dijo Sid Kiwanis.

—Tampoco hemos averiguado, hasta ahora, que ejerciera su profesión de modelo, en Honolulu... Pero estamos buscando.

—Bien. ¿Qué más?

—Es desconocida, Kiwanis. Una mujer fantasma. No la conoce nadie, ni trabaja en ningún sitio, y apenas tenemos datos. Su Delegación ya tiene solicitados informes en Washington. Ocurre con frecuencia que esas chicas..., modelos un tanto... especiales, buscan ciertos lugares o bien la aventura, o bien, con suerte, algo definitivo; ya sabe: un millonario. Puede ser el caso de la víctima, Susan Ward. No obstante, esa forma de morir.

—Con evidente impericia y saña —dijo Kiwanis.

—Sí. Salta a la vista. O..., con auténtico odio, con afán de destruir. No es el crimen de un profesional, lo cual, como es lógico, complica las cosas, Kiwanis. Entre eso, y que no tenemos datos de Susan Ward, creo que el FBI debe meter la nariz en el caso. Una mujer, una persona en general, no identificada en nuestro territorio, en nuestro país, Kiwanis, siempre... huele un poco mal, ¿no cree?

—Desde luego. Pero falta el informe de Washington.

—Sí, claro. —Conger esbozó una leve sonrisa—. No sé qué dirán desde Washington, pero hace muchos años que soy policía, Kiwanis...

Sid, a su vez, sonrió también.

—¿Algún consejo, entonces? —inquirió.

—¿Consejos al FBI? —rió Conger—. No es eso... Yo huelo algo que compete a ustedes, Kiwanis. Es todo. Además, aunque sólo fuese por las mutilaciones criminales... Y no me haga caso, pero..., veo la mano de una mujer en el crimen.

—Eso era lo que quería decirme, ¿no?

—Pues sí. Ignoro las causas, lo ignoro todo, pero afirmaré que Susan Ward ha sido asesinada por una mujer. Como ello se presta a tantas conjeturas, vamos a dejarlo.

Pare aquí.

Se apearon del auto, en la entrada del parque, concurrido por turistas. Había un policía cerca del lugar donde se había hallado el cadáver, y no se permitía pisotear el terreno, ya que el mismo podría proporcionar alguna pista, huella, de valor a la policía.

—¿Ha estado el equipo de Huellas de ustedes? —inquirió Sid.

—Sí. Pero imagino que el FBI intervendrá, con todos sus medios, también.

—Por supuesto. Y se comprobarán las conclusiones a que se llegue. Bien...

Miró en torno.

Un bello lugar para una horrible muerte...

El inspector Hibbson, en su despacho de la Delegación FBI en Honolulu, negaba con movimientos de cabeza, mientras leía el papel, la nota de teletipo, que luego tendió a Sid. Éste echó un vistazo, y rezongó:

—Recuérdeme que felicite a Conger; buen olfato. Susan Ward es una mujer desconocida en el país; un fantasma... Y no ha nacido aquí, ni ha vivido; sólo ha muerto... Es claro que hay que saber cómo entró, y, sobre todo, para qué.

—¿Vamos al grano, Sid? —inquirió el inspector.

—Sospecha de espionaje.

—Sí —fue la concisa respuesta del inspector.

—Pero hay un dato que no encaja: no se estilan esas muertes entre espías, señor.

—Lo sé. Eso desorienta un poco, claro...

—¿Qué hay de Huellas? —inquirió Sid.

—Conger y su gente coinciden con nosotros; fue una mujer. Tenemos huellas de los zapatos que usaba la víctima, y huellas de otros zapatos femeninos. Pero..., conocida la astucia de las mujeres, es probable que la asesina sea también una espía, y quiera desconcertarnos con ese crimen de... novatos, por decirlo así. Resumiendo: sabemos que Susan Ward no es americana.

—¿En Laboratorios se ha especificado algo al respecto? —cortó Sid.

—Se trabaja.

—Ya...

—Decíamos que Susan Ward es nombre supuesto de una mujer extranjera, entrada clandestinamente en el país, y que ha sido asesinada por otra mujer. Eso es lo que sabemos. Eso, y dónde y cuándo, y cómo se produjo la muerte, aunque estos últimos datos no aportan nada para esclarecer el asunto; una mujer mata a otra, en un parque solitario, a media noche, aproximadamente. Hay que llegar lo más profundo posible a la vida que llevaba aquí Susan

Ward.

Sid estaba mirando la licencia de conducir, con la fotografía.

—Era muy hermosa —musitó—. Una mujer así no pasa desapercibida, señor.

—Eso creo. Y veo que pensamos lo mismo. Ampliar esa fotografía, obtener un millar de copias, y a buscar. Eso lo haremos en colaboración con la Metropolitana. Mucha gente ha debido ver a Susan Ward, y recordarla... Quizás, por esta fotografía podamos reconstruir algunos de sus movimientos habituales.

—Y lo más probable, pese a las apariencias, es que no estuviera sola en el país —musitó Sid.

—Es lo que me inquieta, Sid. Quizás exista un grupo dispuesto a la acción. Bien, hay que empezar a trabajar.

CAPÍTULO III

Eran ya casi veinticuatro horas de horror. Jane Dewitt apenas había salido de casa aquel día, por dos razones. Una: esperaba noticias de Bill. Tenía que llamarla, tenía que decirle algo, y liberarla de aquella terrible sensación de angustia. No obstante, ninguna noticia de Bill. Ni palabra; ni un signo de vida... La segunda razón, era porque su propio miedo, exacerbado, le hacía temer que si salía a la calle todo el mundo la señalara como a la asesina de la mujer rubia.

Absurdo, claro. Y Jane, tras mucho pensarlo, decidió salir; pero sólo un momento, a adquirir un periódico.

Y a casa de nuevo.

Sólo esperaba que en los pocos minutos que había invertido en su salida no hubiese llamado Bill por teléfono.

Dejó el periódico en la salita, y fue a cambiarse de ropa. Nada de camiones sugestivos, ni perfume, ni maquillaje suave y dulce... Se puso una bata, de cualquier manera, y fumando, muy nerviosa, se sentó en la salita, cerca del teléfono.

Tomó el periódico; sus manos no parecían muy firmes.

Lo del crimen estaba en la segunda página; la ocupaba casi por completo, incluida una fotografía, demasiado borrosa, sin embargo, para que Jane pudiera ver su obra al completo, aunque, por cierto, la recordaba bien, y de ahí sus escalofríos, sus estremecimientos casi continuos.

Sí, se hablaba mucho, un largo comentario.

Jane lo leía con avidez.

Pero aquellos párrafos, aquellas... barbaridades... No entendía nada... ¿El FBI? El comentarista afirmaba que el FBI había hecho suyo el caso, por dos motivos: asesinato con mutilaciones

criminales, y la sospecha de que la falsa Susan Ward era una espía...

Mentira. Imposible.

¡Fantasías!

Y Jane lo volvió a leer.

La temblaban cada vez más las manos; era audible el rumor de aquellas hojas de papel que sostenía; un rumor sostenido, único, en el saloncito del cottage.

Una espía. ¡Ella había asesinado a una espía! ¡Y la espía estaba en tratos con Bill!

La verdad tenía que abrirse paso en el cerebro torturado.

Jane Dewitt. La única verdad: Bill y la tal Susan Ward no eran ni habían sido nunca amantes; era un puro contacto de espionaje... ¡De espionaje! Y Jane, pese a su total turbación, aún tuvo resquicio para comprender la actitud de Bill. Su huida, su miedo... ¡Claro que era miedo lo que expresó la noche anterior! Su desaparición... Y los espías cómplices de Susan le buscarían. ¡Era eso lo que temía Bill! Ahora lo comprendía.

Sí, lo comprendía muy bien ya...

Y de pronto se puso en pie.

Con una decisión súbita: llamar al FBI, y aclararlo todo. Primero: que ella era la asesina y no Bill. No había que temer demasiadas represalias por haber matado a una espía. Segundo: que Bill no había hecho nada aún, o así lo esperaba Jane. Y así, salvaba a Bill, impedía que se hundiera en una traición a su país... Y además, al hablar con el FBI, impedía, al mismo tiempo las represalias del grupo de la espía Susan Ward.

Decidido.

El teléfono. El número de la Delegación. Sí..., allí estaba.

Marcó.

Muy nerviosa.

Era otro acto impulsivo. ¿Hacía bien o mal? ¿Hacía?

—FBI al habla —oyó.

Silencio.

No sabía qué hacer.

—¿Quién llama, por favor? Responda.

—Soy... soy la... la señora Dewitt... La...

—¿Ocurre algo, señora Dewitt?

Ella no podía responder.

No por miedo, por turbación, por haberse vuelto atrás. No era por nada de eso. Simple, sencillamente, por imposibilidad física.

Una imposibilidad centrada en unas manos que le rodeaban el cuello, casi asfixiándola... Mientras, otra mano le había arrebatado el teléfono, y colgaba, ahogando, cortando, la voz del agente del FBI que había tomado la llamada. No pudo ella responder.

Y allí, en el saloncito, en pie, a punto de morir estrangulada, con los negrísimos ojos dilatándose por momentos, sacudida. Jane podía ver al hombre que le había quitado el teléfono de la mano, colgando; un tipo que lo había hecho con toda suavidad, con rostro impasible, con la expresión de pez fuera del agua; con los ojos redondos, sin rostro sin un color definido, con el cabello ralo, claro, planchado, y una melenita ridícula en la nuca...

—Suéltala ya —dijo, de pronto, el tipo.

El cuello de Jane quedó libre, y ella, empujada, quedó en el sillón, desmadejada, desgñada, amoratado el rostro, jadeante. El que estuvo a punto de estrangularla era un hombre más recio y alto, con el mismo rostro imperturbable que el otro. Y estaban frente a ella, mirándola con fijeza. Al rostro; no a las piernas que estaban descubiertas a causa de la bata abierta; ni al busto, excitado, casi visible a causa del ahuecamiento de la bata en la zona... Nada de eso. La miraban a los ojos, en silencio, en inquietante silencio.

Por fin, el de las maneras más suaves, el de la ridícula melenita en la nuca, inquirió:

—¿Dónde está su esposo, señora Dewitt?

Ella no podía hablar; se ahogaba...

Quizás la presión anterior de los dedos en su garganta. O quizás el miedo que sentía.

—Lamentaríamos hacer las preguntas en otro tono, señora Dewitt —dijo el tipo.

—Y... yo..., lo ignoro...

E-es

la verdad. ¡Se marchó anoche, no dijo dónde! Ni una palabra...

—Su esposo es un asesino, señora Dewitt, ¿lo sabía usted?

Jane iba a chillar que no, que la asesina era ella, pero algo la contuvo. Flaqueó; le faltó valor, fuerza para auto acusarse.

Lo único que pudo hacer fue echarse a temblar, de un modo

incontenible. No, no... Tenía mucho miedo; si se acusaba la matarían... Y después de todo, Bill estaba lejos, y no le encontrarían. El mismo Bill le pidió que callase, que; no dijera una palabra.

—Tal vez necesita beber algo, señora Dewitt —dijo el tipo de cara de pez—. Herrón, un poco de *whisky* para la señora.

Herrón, el que casi había estrangulado a Jane, se movió en busca de lo pedido por Paske. Escanció un poco de *whisky* en un vasito, y fue con él hacia donde estaba Jane. Ésta alargó una mano temblorosa en busca del vasito, y cuando lo iba a tomar. Herrón lanzó, de súbito, inesperadamente, el irritante alcohol a los ojos de Jane.

Y Jane, llorosa, cegada, obnubilado el cerebro, no sabía cómo reaccionar; sólo con llanto con sollozos, estremeciéndose.

Herrón, a un gesto de Paske, la agarró por los cabellos; le fabricó una especie de cola de caballo, dejando la nuca, más blanca que el resto de la piel, al descubierto.

—Señora, debe perdonar nuestros métodos, pero es urgente que encontremos a su esposo. Es muy importante, de veras.

No podía hablar, ¡no podía!

Ni veía nada. Sólo sentía aquel insoportable escozor en los ojos y el latido en la mejilla donde había recibido la bofetada.

Herrón iba tirando de aquellos cabellos, la iba poniendo en pie.

Paske se acercó un paso a Jane.

—Hable, señora Dewitt. ¿Dónde se oculta su esposo? Escoja: su vida, o la de usted. Sea rápida, le conviene.

Debemos que irnos antes de que el FBI se mueva para tratar de averiguar si la llamada que usted ha efectuado tiene algún sentido. Lo harán; no pasan nada por alto. ¿Lo ha comprendido? Tenemos prisa.

—Y-yo... no lo sé... ¡Se marchó sin decírmelo! ¡Lo juro!

—No la creemos, señora Dewitt.

—Es la verdad, es la verdad... —Quería caer de rodillas, pero Herrón seguía sujetándola por los cabellos.

El tirón de cabellos aún contribuía al aumento de las lágrimas.

Era un esbozo de mujer; una bestezuela atemorizada, incapaz de defenderse.

—Señora Dewitt, por última vez: ¿Dónde se oculta su esposo? —

inquirió Paske.

—¡Lo diría si lo supiera! ¡Me dijo que se ocultaba, eso es la verdad, pero no me habló del lugar!

—Quizá usted no quiere recordarlo.

—No, no... No es eso.

—Está bien. Lo sentimos por usted. Esto, señora Dewitt, es una represalia contra su esposo, un hombre, por cierto, bastante imbécil. No debió hacerlo.

Jane Dewitt no pudo seguir protestando.

En cuanto a Paske, no se tomó excesivas molestias, puesto que Herrón seguía aferrando el cabello de Jane, y la quedaba al descubierto; una nuca blanca, aún joven, erguida... Una nuca en la que, de pronto, sin apenas ruido, apareció un orificio; una bala quedó alojada en el cerebro de Jane Dewitt, que murió; pesaba mucho en manos de Herrón y éste la dejó caer al suelo.

Un limpio crimen, sin sangre, sin huellas... La cabellera, por el momento, cubría el orificio en la nuca de Jane.

—No lo sabía, Herrón —musitó Paske—. Lo hubiese dicho. Espero que cuando Dewitt se entere de la muerte de su mujer aparezca, reaccione de algún modo. Es un hombre que, suelto, significa un peligro para nosotros. No sabemos hasta qué punto llegó anoche en su contacto con Susan... Y largo de aquí, o podemos tropezar con el FBI.

Los dos hombres, tras apagar las luces, se deslizaban hacia la salida del cottage. El auto, un Comet oscuro, les esperaba cerca. Herrón fue hacia el volante, y Paske a su lado.

Apenas se hubo sentado Herrón frente al volante, empezaron a ocurrir cosas.

Primero, la portezuela correspondiente a Herrón, se abrió, y asomaba una pistola automática, apuntando a Herrón. Y una voz:

—Baje. Y usted —agregó Sid Kiwanis, dirigiéndose a Paske.

Sid Kiwanis, sin paliativos, fue sorprendido por la velocísima reacción de Herrón. Éste, con sus dos manos: atrapó la diestra de Sid, y realizó un movimiento de torsión, mientras que Sid tiraba hacia el exterior, tratando de arrancar a Herrón de su asiento. En cierto modo, entre el tirón de Sid, y la idea de Herrón de hacer soltar la pistola al federal, medio cuerpo de Herrón quedó en el exterior del auto. Y la pistola en el suelo.

Sid, con la zurda, entonces, agarró a Herrón por los cabellos; realizó un movimiento de arriba a abajo, mientras subía la rodilla izquierda, y la inexpresiva cara de Herrón se estrelló contra aquella rodilla.

Se oyó el gruñido de dolor, y ya alguien más se acercaba.

De todos modos, Herrón parecía estar dispuesto a seguir resistiendo, aunque no pudo evitar que unos mechones de cabellos quedaran en la mano de Sid, quien, entonces, recurrió a aferrarle por el cuello, con un forcejeo que sólo favoreció a Paske.

En efecto: Herrón estaba saliendo, y Paske, que había visto acercarse a otro hombre, que sólo podía ser del FBI, acabó por empujar a Herrón, y se situó frente al volante del Comet, con la primera marcha a todo gas, pareció iniciar el vuelo. Y con cierta fortuna, además, ya que la portezuela abierta golpeó con violencia, y confusión a Herrón y a Sid, quienes rodaron por el suelo.

El hombre que llegaba corriendo, empezó a disparar, pero Paske, agazapado realizaba un buen juego de volante, eludiendo los disparos.

Otro inconveniente, aunque Paske sólo podía verlo de soslayo: un tipo se iba a situar frente al Comet, pistola en mano; eran, pues, tres. Y el que se iba a situar frente al auto Tuvo que saltar de lado, rápido para evitar ser aplastado por el bólido. El agente del FBI tuvo tiempo de efectuar un disparo, pero sólo consiguió hacer un agujero con telaraña en el cristal parabrisas del Comet, que tras un impresionante viraje, tomó la primera esquina, desapareciendo.

Tras vacilar un instante, el federal corrió hacia donde estaba Sid, aún caído en tierra, con Herrón, y el otro agente especial, Ron Cuyler.

Ron estaba inclinado, pistola en mano, amenazando a Herrón que sacudía la cabeza, aturdido, habiendo llevado la peor parte en el golpe con la portezuela al arrancar el auto. Sid, por su parte, rezongando una maldición, se ponía en pie, cuando llegaba Wharton.

—Maldita sea... Se largó, Sid —masculló Wharton—. ¿Qué tal esos huesos?

—Creo que enteros... Agarrad a ese tipo, y adentro con él.

Mientras Sid comprobaba que, en efecto, no había sufrido más que una magulladura general, Ron y Wharton, agarrando a Herrón,

tras haberle amanillado con las manos a la espalda, lo conducían al interior del cottage. Iban encendiendo luces, y, por fin, llegaron al salón. Allí, se detuvieron. Y Sid, tras ellos, por su estatura, podía ver aquel cuerpo tendido en el suelo. No; no había huellas de violencia, a excepción del raro enrojecimiento de los ojos de la muerta.

—Sentadlo —ordenó Sid.

Lo tiraron en un sillón. Le amenazaban con sus armas.

Sid, mientras, se inclinó junto a Jane Dewitt. Le costó un minuto descubrir las causas de la muerte; retiraba el cabello, y los otros dos federales veían el negruzco y sanguinolento orificio, del que manaba un hilillo de sangre. Sid dejó los cabellos de Jane Dewitt, se puso en pie, y se enfrentó a Herrón.

—Esta forma de matar sí la conozco —murmuró—. Y dado que Susan Ward llevaba también pistola, el FBI empieza a tener una noción muy aproximada a lo que se enfrenta. Usted confirmará esa impresión. Diga su nombre.

Herrón no movió una pestaña.

—Parece que nos va a salir duro, Sid —rezongó Wharton.

—¿Tú crees? —inquirió, torciendo la boca en un esbozo de sonrisa Sid—. Veamos... Ve al garaje, Wharton y trae las herramientas que encuentres a mano.

—¿Al garaje a...?

—No pierdas tiempo, o daremos al otro tipo margen para huir.

Wharton, sin más comentarios, abandonó el saloncito.

Sid, entonces, encendió un cigarrillo; ni siquiera se había molestado en arreglar las greñas producidas por su forcejeo, por puesto, su talante no resultaba en exceso agradable en aquellos momentos. Ron, pistola en mano, observaba alternativamente a Sid y a Herrón, que seguía impasible; como si fuera sordo y mudo.

—Llama a la Delegación, Ron —dijo Sid, de pronto—. Hay que retirar el cadáver. Y..., otra cosa: que se dé Publicidad a este hecho, al asesinato de Jane Dewitt. Bien..., por lo ocurrido, entiendo que la señora Dewitt nos hubiera dicho alguna cosa importante, sustanciosa. Me conformo con el sustituto, de todos modos; andando, agárrate al teléfono.

Ron fue hacia el aparato, y marcó el número.

Sid esperaba, sencillamente, el regreso de Wharton, que llegó cargado con un saco, que dejó a los pies de Sid. Éste se inclinó, y

examinó un par de herramientas. Tomó una de ellas: una barrena eléctrica, con largo cordón conductor, y enchufe.

—Conecta el hilo por ahí, Wharton —dijo Sid.

—¿Qué vas a hacer?

—Bueno..., con este aparato lo mismo se puede practicar traqueotomía, que una extirpación de apéndice, una operación de sinusitis..., y hasta una trepanación de cráneo... ¿No te parece?

—Maravilloso aparato; mil usos... —comentó Wharton, mientras buscaba un enchufe para conectar el hilo conductor.

Una vez enchufado, Sid conectó el interruptor, y la barrena, con un rugido continuado, surcaba el aire, girando a una velocidad de cientos de revoluciones por segundo. Acercó la barrena, la pequeña barrena estriada en espiral al rostro de Herrón quien, aunque muy pálido, apuntando el sudor en el rostro, no se movió.

—Para ganar tiempo, diga: ¿Hacia dónde se dirige su compañero? —pidió Sid.

Silencio.

La barrena había parado.

De pronto, con un brusco movimiento, Sid la apoyó en un pómulo de Herrón, y la puso en marcha.

Fue un segundo.

Suficiente, sin embargo, para que el hueso, el pómulo de Herrón quedase al descubierto, y la perforación de la piel, limpia y redonda, se difuminara luego por la sangre que manaba; en tanto, el grito de Herrón aún resonaba en el ámbito; casi había caído de espaldas, tratando de evitar la barrena, pero Ron lo impedía, ya atento a lo que sucedía allí, después de haber hablado con la Delegación.

Herrón jadeaba, sudaba, estaba lívido; la sangre resbalaba por el rostro; del orificio a la comisura de la boca, barbilla.

—Puede ser mucho peor —dijo Sid—. No crea que algo va a detenerme. Seguiré hasta conocer, de momento, ese dato imprescindible que necesito. Ése, de momento: ¿hacia dónde se dirige su compañero?

Herrón tragó saliva; con las manos a la espalda esposadas, ni siquiera podía restañarse la sangre.

Sid miró a Wharton, y dijo:

—Ya que has traído ese montón de trapos sucios, los

utilizaremos para algo: llena los orificios de la nariz de ese hombre con los trapos. Bien hinchada esa nariz, sin resquicio para el respiro. Le obligaremos a abrir la boca, y le haremos una trepanación a la inversa: por el paladar. ¿Te gusta la idea, Wharton?

—Más que a ese tipo, seguro —rió Wharton, aunque un poco nervioso, no muy convencido de que Sid llegase tan lejos.

Wharton con trapos sucios de grasa en las manos, se acercó a Herrón. Éste ladeó la cabeza, pero Sid, de inmediato, le colocó la barrena, parada, pero con una amenaza espeluznante, en el cuello, debajo de la barbilla.

—Adelante, Wharton. Puesto que voluntariamente no abre la boca, se la abriremos nosotros.

Wharton agarró un punzón, ya romo y viejo, colocó el trapo, y empezó a introducirlo en el orificio nasal derecho de Herrón, quien sintió los ojos llenos de lágrimas, y un fuerte latido en el pecho; era la señal: miedo. Sí, la tan temida señal del espía, cuando llega el miedo, cuando la resistencia cede, cuando todo se resquebraja, hunde, ante el imperativo del instinto de conservación.

—No sigan —dijo roncamente.

—De acuerdo. Fuera eso, Wharton.

Wharton obedeció.

Herrón murmuró:

—Va al hotel O Lani, en Cleghorn Street...

—Su nombre.

—Se llama Paske.

—¿Usted?

—Herrón.

—Usted es americano, Herrón.

No respondió.

Sid le miraba con mucha fijeza.

—No importa que no diga nada ahora —rezongó.

Sin más, le volvió la espalda, y se dirigió hacia el teléfono, llamando a la Delegación, poniéndose al habla con el inspector Hibbsón.

—¿Sí, Sid? —Sonó la voz del inspector.

—Estoy un poco alejado de Cleghorn Avenue, señor; concretamente, hotel O Lani. Alguien debe ir; inmediatamente allí, y vigilar, controlar, a un hombre llamado Paske. Yo parto ahora, y

relevaré de inmediato a mi compañero. Pero es urgente, señor; no quisiera perder a Paske.

—Sid, dime: ¿esa llamada de la señora Dewitt...?

—Ha traído consecuencias, señor. Informaré más tarde.

—De acuerdo.

Sid colgó.

Sin dirigir apenas un vistazo a Herrón, se acercó al cadáver de Jane Dewitt. Oyó la voz de Ron:

—La ambulancia está en camino, Sid.

—Bien... Salgo ahora. Ocupaos de que Herrón pase a los calabozos de la Delegación. Y recordad: que se publique el asesinato de la señora Dewitt; de este modo, tal vez William Dewitt comparezca, se sienta herido, o reaccione... Fue una buena labor la de identificar a Susan Ward en el Heliotropus..., a Dewitt, como último compañero... Bien, no puedo perder más tiempo.

Abandonó el cottage, dirigiéndose hacia donde estacionaron el auto del Servicio.

CAPÍTULO IV

El agente del FBI destacado con urgencia al Heliotropus por el inspector Hibbson, era un muchacho que parecía desconcertado. Por lo pronto, había visto llegar a Sid Kiwanis, que le esperaba al otro lado de la avenida, en Cleghorn, con mucha luz de color, de muchos colores, intermitentes.

—Aquí no ha llegado nadie, Sid —fue lo primero que dijo Frankie Siepmann, el federal destacado.

—Un tipo en un Comet rojo que...

—No, no. Por lo demás, no he estado todo el rato en la calle. Me he dedicado a hacer averiguaciones..., discretas, demonios, no me mires así. Y, en efecto, un tal Hank Paske está alojado en el hotel, habitación 860, octava planta. La ventana se ve desde aquí, y a oscuras; cuenta las plantas, y la ventana de la...

—Está bien, está bien —gruñó Sid.

Dejó casi plantado a Frankie, y se metió en el auto utilizando el teléfono del vehículo para comunicar con la Delegación. Tardaban un poco en responderle. Por fin, la voz del inspector Hibbson:

—¿Sí? ¿Eres tú, Sid?

—Yo mismo, señor. Ese Paske no ha llegado al hotel, aunque tenemos constancia de que se aloja en él. De lo que se trata es de averiguar si Herrón ha mentido, o ha ocultado algún dato que pueda interesar en este mismo momento para atrapar a Paske. Interroguen a Herrón, y...

—Me temo que no será posible, Sid —cortó el inspector.

—¿Qué quiere decir? —Casi aulló Sid.

—Bien...

—¡No me diga que ha huido!

—Pues no... Pero lo intentó. Wharton, por supuesto, no quería

matarle al disparar, pero... En fin: o regresa Paske al hotel, o nos quedamos poco más o menos donde estábamos, con la única esperanza de que Dewitt reaccione al enterarse de que han asesinado a su esposa. Por lo demás, mi teoría sobre el asesinato de Susan Ward...

—Sí, entiendo —dijo, con prisas, Sid—. Pudo hacerlo Jane Dewitt.

—Posiblemente, así que...

—Siento interrumpirle, señor, pero debo prepararme por si llega Paske. Es la pista más importante de que disponemos. Se me están ocurriendo más cosas, pero le llamaré luego. Me refiero de modo concreto a que Dewitt regresó hace poco de Vietnam...

—¿Y cómo encajas eso?

—Ya pensaré. Llamaré cuando esté instalado.

No había sido difícil encontrar una habitación en el O Lani. En la misma planta octava, habitación 880, a pocos pasos de la que ocupaba Paske.

Tampoco había sido difícil para un federal experto como Sid Kiwanis introducirse en la habitación de Paske. De momento, sin la menor intención de efectuar un registro; eso podía esperar. Se trataba tan sólo de situar un micro-espía, que captase con toda fidelidad cualquier conversación que tuviese lugar allí. Mera precaución dictada por la experiencia, ya que Sid sabía muy bien que una célula enemiga no suele actuar, salvo en rarísimas ocasiones, con menos de cinco elementos. Y sólo conocían a Paske; no había que contar a Herrón y Susan, puesto que habían muerto.

Moviéndose a oscuras por la habitación, muy parecida a la del propio Sid, lo cual facilitó el trabajo de éste, situó el micro-espía, casi transparente, con sus diminutos orificios apenas perceptibles, detrás de aquel mueble-bar funcional que el hotel dejaba a disposición del señor cliente.

Luego, regresó a su habitación.

Con radio de bolsillo, efectuó una llamada, que recibió Frankie, quien seguía de vigilancia en la calle.

—¿Frankie?

—No se ha visto nada desde abajo, Sid, si es que has estado en la habitación de Paske.

—Buena noticia. Abre los ojos. En cuanto le veas aparecer... si

llega, me llamas por radio. ¿O. K.?

—Descuida.

—Hasta luego.

Sid cortó la comunicación. Entonces, con un cigarrillo en la mano, en mangas de camisa, fue a sentarse en un sillón. Aquella vez la conversación sería un poco más larga, y no había razón que justificase la incomodidad de estar en pie.

Radio en mano, efectuó una nueva llamada para el inspector Hibbsen, quien respondió de inmediato:

—¿Novedades, Sid? —inquirió.

—Instalado, y con control de Paske..., si se presenta. Pero no es de eso de lo que quería hablarle ahora, señor; antes lo dejamos en suspenso, y podemos continuar. Voy a referirme a Dewitt, «ex marine», licenciado hace muy poco. Según mis noticias, lo que se ha averiguado, con notoria rapidez, es que Dewitt no ha regresado a su antiguo empleo de vendedor de automóviles. Tal vez..., buscaba una oportunidad mejor, y usted y yo sabemos qué clase de oportunidad podía brindar una espía a Dewitt.

—Sí, en efecto; cabe sospechar un contacto...

—Más de uno. Dos, o más. Así se justificaría que Jane Dewitt, celosa, cometiera su torpe crimen..., que le ha costado la vida. Lo siento por esa desdichada, pero los puntos importantes ahora son. Uno: encontrar a Dewitt. No es fácil, claro; debe estar oculto, bien oculto. Quizá lejos, incluso. Pero hay que buscarle. Segundo punto: me resisto a creer que la célula a la que pertenecían Herrón y Susan sólo hubiesen trabado... amistad, por decirlo así, con un «ex-marine», con Dewitt tan sólo. Por consiguiente, cabe sospechar que algún otro hombre, en parecidas circunstancias a las de Dewitt, se halle complicado en el asunto. Otro hombre recién licenciado, de difícil readaptación a su vida normal, y..., con deseos de aprovechar cualquier oportunidad.

—Hum... Me parece todo muy razonable, Sid. De verdad, es una buena teoría. Pero..., ¿cómo encontramos a ese segundo hombre, o más, si los hay?

—Dewitt no regresó sólo de Vietnam; se licencian contingentes de hombres. Tal vez..., Dewitt tuviese algún amigo, o más de uno, que pensarán como él. De momento, sería interesante pedir al Pentágono una lista de hombres, «ex-marines», licenciados en la

misma fecha que Dewitt. Y no sólo eso: que emprendieran juntos el viaje de regreso al país. Y, con la lista en la mano, habrá que cerciorarse de que todos los licenciados en esa fecha están en sus hogares..., o quizás uno, o más de uno, lo ha dejado todo por estar en Honolulu. Me conformaría con descubrir que otro «ex-marine» ha llamado la atención de Susan Ward. Sólo uno, señor. Si en Honolulu, hoy, existe ese «ex marine», creo que no todas las pistas están perdidas.

—Efectivamente, es una buena idea, Sid. Urgiré al Pentágono, por medio de nuestra Central, para obtener, y verificar, esas listas... Si un compañero de Dewitt está en Honolulu, habrá que vigilarle... Y, como comprenderá me estoy preguntando qué buscan esa gente de «ex-marines», Sid...

—La misma pregunta me la he formulado muchas veces, señor.

—Claro... A por ese asunto, Sid.

—Sí, señor. Corto.

Lo hizo.

Apenas tuvo tiempo de encender un nuevo cigarrillo, ruando la radio zumbó; puesto que había cambiado la secuencia, aquél era Frankie.

—¿Sí, Frankie? —inquirió.

—Llegó, Sid. Es un tipo más bien desnutrido y raquítrico, con una ridícula melenita en la nuca, y cara de pez. Sube ahora. ¿Qué hago?

—De momento, seguir ahí. Lo tenemos controlado, y no creo que sea prudente precipitar las cosas. ¿Comprendido?

—Llama si hay algo.

—Corto ahora —gruñó Sid.

Guardó la radio, y del bolsillo extrajo un pequeño auricular que se colocó en el oído. Repantigado en el sillón, fumando; y ya oyendo rumores en la habitación; alguien entraba, pasos...

Todo muy quedo, ciertamente; no era de esperar que Paske, a solas, se dedicase a dar escándalos.

En aquellos instantes, debía estar detenido; no se percibía el menor sonido...

Era tan sólo cuestión de estar atento, y Sid se aprovisionó de cigarrillos, y una botella de *whisky*, del que se sirvió una medida que ni siquiera puesto en el biberón de un bebé hubiese afectado a éste. Por lo demás, los del Pentágono, con su rapidez de acción,

tenían el segundo hilo de aquella madeja.

Al oír la llamada en la habitación, apenas diez minutos después de su llegada, Paske, cansadamente, se puso en pie. Fue a abrir, y sin despegar los labios permitió la entrada de aquella mujer. Ésta fue quien habló primero:

—Tienes que salir inmediatamente de aquí, Paske. No podemos confiar en que Herrón mantenga la boca cerrada. Lamentable fallo el vuestro, ¿no crees?

Paske, a juzgar por la pausa, y mirando a la mujer a los ojos, meditaba la respuesta. Por fin, dijo:

—Entra, Astrid... En realidad, hay algo que siempre os he reprochado a las mujeres: creer que lo podéis todo de los hombres. Y..., si me fuese permitido, ese mismo reproche se lo haría a Zabulón. Con todo esto, quiero decir que se hicieron las cosas mal, al enviar a Susan a por Dewitt. Si de Dewitt, de convencerle, de tratar, de hablar con él, me hubiese ocupado yo, u otro cualquiera, no se habrían producido estas complicaciones. Pero, en fin..., sálvese lo que se pueda.

—No ha pasado nada, en realidad, si sales de aquí a tiempo. Si Herrón habla...

—Lo sé, lo sé. Te he llamado para ir contigo; Astrid. Tengo suficiente experiencia para saber dónde está el fuego, que el fuego quema; y... soy lo suficiente inteligente para saber apartarme de ese fuego. Si me ayudas, recojo mis cosas, y nos vamos. Yo debo desaparecer de la vista, y lo mejor es vuestro refugio, con Zabulón. ¿O él opina de modo distinto?

—Nada de eso. De otro modo, yo no estaría aquí.

—Magnífico... Bebe algo, mientras, si quieres. Voy a cambiarme ahora.

—Espera. Espera, Paske; hay algo que deberíamos aclarar, si es posible, aquí y ahora. Si..., llegásemos a un acuerdo, antes de ir al refugio, con Zabulón, deberíamos realizar un trabajo.

—¿A qué te refieres? —inquirió Paske.

—Se trata de Hobart Lane.

—¿El «marine»?

—Sí. Puede haberse enterado de algo, y tener miedo... Es difícil saber cómo van a reaccionar esos... inadaptados, que, en suma, lo son para todo. Zabulón y yo hemos hablado. Creemos que tal vez

convenga abandonar aquí el trabajo, y proseguirlo en el continente, en Estados Unidos, no en las islas. Si tú estás de acuerdo, quizás convendría deshacer el trato con Hobart Lane... Y cerrarle la boca. Recuerda en todo momento que Herrón está en manos del FBI, y tanto Lane como Herrón significan un grave riesgo para nosotros.

—Herrón no conoce el refugio de Zabulón.

—Pero sí conoce a Hobart Lane.

—Cierto... ¿Puedo pensar mientras me cambio?

—Hazlo.

—No mires —intentó bromear Paske.

Ella ni siquiera sonrió.

Paske la miró con cierto descaro; había mucho que mirar, en especial de cintura para abajo, en Astrid. Y, según los gustos, también había muchísimo que mirar de cintura para arriba. Por lo visto, Paske estaba encantado con todo lo que Astrid vestía.

—Te sienta bien el vestido amarillo con el cabello rojo, Astrid —dijo, por fin.

—Celebro que te guste.

—Eres más cortés de lo que esperaba —rió Paske.

—No perdamos tiempo.

Paske, entonces, empezó a cambiarse. Sí, había que salir de allí y eliminar a Hobart Lane, el «ex-marine» preparado para colaborar... Todo porque Susan, evidentemente, no había sabido actuar con Dewitt, y la consecuencia era que Herrón había caído en manos del FBI. De los males, el peor...

Mientras Paske se cambiaba, Astrid, con paso lento, con cadencia al caminar, con un suave contoneo de caderas, fue al mueble-bar. Hizo un gesto de disgusto, al ver que Paske había casi agotado las existencias, pero aún quedaban dos dedos en una botella de *whisky*; tomó un vasito, escanció el *whisky* y bebió.

Un pequeño sorbo.

Para no mirar al escuchimizado Paske, carente del menor atractivo, Astrid estuvo dejando vagar su mirada por la habitación.

—¿Ha pensado Zabulón dónde trasladarnos? —inquirió, de pronto, Paske.

—No es difícil; cualquier sitio. Personalmente, voto por Nueva York; por sus millones de habitantes, y porque conozco la ciudad.

—Sí, interesa... Opino como tú. Zabulón no se desplaza, claro.

—No es necesario.

—Ya... Yo insisto en que la labor de captación del personal que necesitamos ha de ser cosa mía, de Franks y de Dutton. Un hombre y una mujer, Astrid, siempre se complican la vida...

—No, si ella no quiere.

—No eres realista... A ti, cuando te ve un hombre..., ¿qué crees que piensa?

—Lo imagino. Pero sé que cambian cuando se mencionan cantidades del orden del medio millón de dólares. Entonces, arden, aunque sólo sea de momento, interés por los... atractivos femeninos.

—Y eso os molesta, y quizás sugerís...

—Basta de tonterías, Paske. No sugerimos nada. Yo voy al grano. En cuanto a Susan, no sé qué debió ocurrir con ella. ¿Estás o no?

—Unos segundos.

—Si nos vamos a Nueva York —dijo Astrid—. Zabulón nos proporcionará copias de su mapa.

—Es imprescindible, claro.

Astrid terminó el *whisky* y dejó el vaso en el mueble-bar. Y fue entonces cuando sus ojos, de un verde claro, transparente, quedaron fijos en aquel hombre. Tal vez Paske se equivocaba con respecto a la escasa capacidad de las mujeres como espías... Paske ignoraba algo tan importante en la mujer: su intuición.

Y Astrid, silenciosa, alargó la diestra; sus finos dedos acariciaron, con gran suavidad aquel adminículo que había colocado detrás; lo tanteó, apenas lo rozó. Podía ser de gran fidelidad, debía serlo, de hecho, y un brusco roce podía ser percibido.

A Astrid no le cabía la menor duda: Paske estaba controlado; el FBI no había llegado tarde.

Y ello, naturalmente, creaba una serie de problemas...

Procurando mostrarse tranquila, Astrid encendió un cigarrillo, y dijo:

—Tendré que ayudarte a cerrar la maleta, Paske...

—Te lo agradecería; en ciertas cosas soy un desastre. Mientras, iré a buscar los útiles de aseo, que tengo en el cuarto de baño.

—Está bien.

Paske se dirigió hacia el cuarto de baño anexo.

Astrid, en lugar de cerrar la maleta, quedó mirando aquella puerta.

Le relucían los ojos.

No podía ser de otro modo. No sólo estaba controlado Paske, sino ella misma, y sólo con audacia, con decisión, y mucha rapidez, podía salir del cerco que el FBI había colocado en torno a ellos. Por lo tanto, no cabían más radiaciones; arrojó el cigarrillo, y se acercó a la puerta del cuarto de baño, con la diestra metida en el bolso. Justo extrajo la mano, con un brillo fugaz, cuando salía Paske diciendo:

—Y esto es todo, Astrid. Nos vamos.

—Bien.

Y actuó.

Tenía que ser un punto vital, fulminante.

Era preciso impedir el menor grito, o gemido, o ruido extraño de Paske; cualquier cosa rara llamaría la atención de quien estuviera a la escucha.

Y no había por qué creer que un agente del FBI fuese sordo, que situaran un sordo a la escucha.

El punto vital, fulminante, fue hallado por Astrid. Además, de espaldas a Paske, y dado que su envergadura era superior a la de aquel hombre, pudo amordazarle, al mismo tiempo que descargaba el mortífero golpe de estilete, que penetró dos pulgadas en el cerebro, desde la sien.

Sostenía un cadáver en absoluto silencio.

—Trae eso, Paske. Yo cierro... —dijo.

Se movió, hizo un poco, de ruido al cerrar la maleta.

—Y ahora, vamos —agregó.

Fue todo.

Salió de la habitación, cerró con llave, y quedó a solas en el pasillo.

Mientras se dirigía al ascensor, reflexionaba.

No. No podía salir tranquilamente al exterior; podían estar esperándola.

Tenía que obrar con cautela.

Entonces, optó por, una vez en el vestíbulo, dirigirse hacia el bar, atravesarlo, para pasar a la animada pérgola, donde los turistas bailaban, escuchaban música, bebían licores dulces de las islas, y,

los habituados, o los más aburridos, *champagne*. En aquellos momentos se suspendía el baile; se iniciaba el «*show*» con las típicas hawaianas, pieles de color canela, cuerpos como muelles.

Entre la gente, Astrid pudo salir al jardín, para perderse poco después.

—Frankie. ¡Frankie!

—Sí, estoy aquí. ¿Qué pasa?

—Buena pregunta —gruñó Sid—. Han salido.

—¿De veras?

—Sin tonterías. Va con una mujer que es joven y hermosa; pelirroja. Viste un vestido amarillo.

—¿La has visto?

—No.

—Entonces, ¿cómo sabes que...?

—Lo he oído, Frankie —se oyó, con tono cargado de paciencia, la voz de Sid—. ¿Les ves o no?

—O me he vuelto ciego y tonto, o estás equivocado, Sid No sale nadie. A Paske le conozco, y no veo una bella pelirroja con vestido amarillo. Aun en el supuesto de que Paske estuviera caracterizado, ella le delataría.

—¡Mira bien, demonios! ¡Deben estar ya en tus narices!

—Sid, lo siento, no les veo...

Sid, radio en mano, fruncido el ceño, pensaba a marchas forzadas sin comprender muy bien. Frankie ni era tonto, ni un novato al que se pudiera burlar fácilmente.

—Frankie: mira por la pérgola, por el bar... ¡Rápido!

—Sí, lo estaba pensando.

—Yo espero.

Sid encendió un nuevo cigarrillo, fumando. Por supuesto, empezó a pensar que algo había salido mal; quizás había menospreciado un poco a sus enemigos, y el micro podía ser el responsable de aquel error, que casi les dejaba en el vacío... Quedaba el tal Hobart Lane y... Zabulón. Zabulón..., ¿quién demonios sería?

—Sid. Nada. Se han esfumado —era la voz de Frankie.

—Bien, sigue observando. Pueden haberse entretenido dentro del hotel por algo. Corto.

Se metió la radio en el bolsillo, y abandonó su habitación. Se

dirigió hacia la que ocupaba Paske, y tras tomar precauciones, pudo abrir aquella puerta. Todo estaba a oscuras, en silencio. La habían abandonado en efecto, y...

Era la luz de la luna; rosada, pálida, pero suficiente; se filtraba por entre las persianas, sí, teñía de rosa el cadáver.

Pestañeando, tal vez comprendiendo lo ocurrido y la astucia de Astrid, extrajo con lentitud el aparato de radio.

Lacónico, murmuró:

—Sube, Frankie.

CAPÍTULO V

Había caras largas en la Delegación del FBI aquella noche. El más furioso sin duda, contra sí mismo, era Sid Kiwanis. Su mirada parda lanzaba destellos, y apretaba los puños, impotente.

—Ha sido por mi culpa —mascullaba—. ¡Por mi culpa! Coloqué el micro quizás con exceso de alegría, de confianza. Esa Astrid debió verlo; es decir, lo vio. Y la muy... astuta... Mata a Paske, y sigue hablando, como si tal cosa. Al saberse descubierta, huye por el jardín, y nos borra el rastro de un estileta maestro. Y ahora, sólo tenemos pistas más bien vagas. Primero: Astrid. Puede ser o no ser su verdadero nombre. Segundo: el tal Hobart Lane, a quien no va a ser fácil localizar; luego..., ese Zabulón. Ni siquiera sé el apellido... Zabulón puede ser un nombre incluso de organización.

Frankie, compungido también, no despegaba los labios.

El inspector Hibbson se pasó una mano por la frente.

—Está bien, Sid: esa mujer ha sido lista. Sin embargo, no está todo perdido. Olvidas que también tenemos a alguien que localizar: a Dewitt; puede ser importante. Sugiero, entonces, que nos dediquemos con fuerza a lo que tenemos entre manos: Hobart Lane, Dewitt, Astrid y Zabulón. Son cuatro personas... ¡Cuatro! Hay que obtener algo, y rápido. Si emprenden el viaje a Nueva York, como oíste, Sid...

—Ya no sé qué creer. Ella pudo descubrir el micro antes de hablar todo eso, y soltar sólo mentiras... Sin embargo, sugiero que, por lo pronto, se ejerza vigilancia en todas las vías de salida de Honolulu, especialmente Aeropuerto, claro está. Quizás obtengamos algo, máxime teniendo en cuenta que la bella Astrid no irá sola.

—Es una posibilidad —murmuró el inspector—. Y lo siento por Hobart Lane. Dices que pensaban eliminarle, ¿no?

—Lo dijo esa mujer —gruñó Sid.

—¿Y no vamos a poder impedirlo? —rezongó Frankie.

—¿Cómo? —dijo, con gesto de impotencia, Sid—. Ese desgraciado no supo lo que hacía introduciéndose con esa gente, con esos espías... Y va a morir, no podemos evitarlo...

Se puso en pie, nervioso, empezando a pasear por el despacho.

Frankie encendía un cigarrillo.

Sid miró al inspector, deteniéndose, e inquirió:

—¿Ha llegado la lista solicitada del Pentágono?

—Es pronto aún, Sid.

—¡Pero es muy urgente! Puede..., puede que haya algún «ex-marine» en el caso de Hobart Lane, y de Dewitt, aunque éste ha sabido ponerse a salvo, o así lo cree. Además, estoy pensando que cuando desde el Pentágono nos indiquen en qué Unidad servían esos hombres, tal vez averigüemos algo más. Ya, ahora, me inclino a pensar que tenían alguna especialidad... Zabulón, Astrid, o quien sea, no iba a elegir tipos de poca monta... Se fijaron en especialistas en algo, y luego, a cazarlos, a despertar su ambición, aprovechando las circunstancias; todas las circunstancias: mujeres hermosas, y, no hay duda, buen dinero.

—En tanto no llegue la lista, con informes, no podremos confirmar nada de eso —murmuró el inspector.

—Y aquí, de brazos cruzados, sabiendo que Hobart Lane puede estar muriendo. Ahora mismo puede estar muriendo.

Estaba funcionando el transistor; música, sólo música que parecía ser un sedante para la tensión de aquel hombre tendido en un camastro, en una cabaña del barrio de Pauoa, en Kaola Way; una calle en pendiente, estrecha, con casas miserables; casi toda la calle estaba habitada por indígenas.

Hobart Lane se aburría mortalmente.

Por eso, casi saltó del camastro, al oír la discreta llamada, en la puerta de la cabaña, muy lejos de los grandes hoteles de Waikiki, o de los edificios suntuosos, y los comerciales, de Ala Moana. Allí, incluso había ratas. Pero era un lugar discreto y era lo importante.

Hobart Lane, en camiseta, fue a abrir; era un hombre alto, y bastante fuerte, parecía entrenado. Lo desagradable de él era su boca bastante gruesa, y los ojos diminutos; llevaba unas greñas oscuras, y no se afeitaba desde hacía un par de días, por lo que su

rostro azuleaba.

Abrió la puerta, se hizo a un lado, y Astrid, un poco Sorprendida, se encontró, de pronto, entre los brazos de aquel hombre, que rió entre dientes; cerró la puerta de un taconazo, y luego, sin transición, aplastó su boca sobre los labios de Astrid, en un beso asfixiante; la abrazaba entonces con una sola mano, y con la otra trataba de acariciar a Astrid, pero ésta, serena, tranquila, lo impidió, reteniéndola. Luego, se separó de Hobart Lane quien parecía muy sorprendido.

—Vaya... Lo siento, querida —dijo—. La confundí; la confundí con una chica que...

—Déjese de gracias y estupideces. Lane —cortó Astrid, con tono seco—. Ha llegado el momento.

—Por fin... Es una buena noticia. Astrid. Esta espera resultaba ya enervante. Por cierto, intentemos aclarar algunas cosillas sobre Dewitt. Su...

—Nadie más que nosotros lamenta lo ocurrido. Lane. Usted ya sabe que Dewitt era considerado como un buen elemento para nosotros, y prescindir de él supone una rémora, y... peligro; siempre es peligroso ir en busca de gente. ¿Lo entiende?

—¿Qué han hecho con él?

—No le hemos encontrado. Lane.

—Mataron a su mujer, a Jane.

—Lane, cuando las circunstancias mandan, no es posible evitar los hechos. Repito que lo de Dewitt lo sentimos. ¿Algo más?

Hobart Lane frunció el ceño; miraba con fijeza a la rubia del vestido amarillo.

—Dewitt y yo hemos visto peligrar muchas veces nuestro pellejo, juntos —murmuró—. Eso significa algo, Astrid. De todo modos, quiero comprender que ha sido inevitable lo ocurrido. ¿Cuándo nos vamos?

—Ahora.

—Bien. Recojo algunas cosas y en marcha.

Le volvió la espalda a Astrid.

Y ella actuó.

Aquel bestia repugnante no volvería a sorprender con su babosa boca a mujer alguna...

Le clavó el estilete entre los riñones.

Fue un seco golpe; el fino acero penetró sin dificultad.

No obstante, Astrid había calculado mal. Hobart Lane era mucho más fuerte de lo que ella creía, y, aunque en efecto estaba herido de muerte, tuvo fuerzas para, arqueado, con los ojos súbitamente enrojecidos y saltones, revolverse.

De su boca salió un hilo de sangre, pero sus grandes manos, como garras, fueron hacia el cuello de Astrid; por sorpresa, de un modo fulminante. Y aquel cuello, entre las manos de Hobart Lane, sólo podía durar segundos en plena integridad; sólo segundos.

Astrid, por lo pronto, tenía ante ella un fantasma rojo; no distinguía facciones ni formas; sólo una confusa mancha roja... El estilete, en su diestra, era la única posibilidad de salvación.

Y rota de angustia, con la muerte distanciada de ella por sólo unos segundos, empezó a lanzar estiletaos, sin mirar, sin precisar; no obstante, la desesperación guiaba su brazo. El acero minó la fuerza de Hobart Lane, quien, entre otros, recibió un estiletao en la garganta, que se la abrió, soltando chorros de sangre... Y allí, las manos de Hobart Lane dejaron de presionar..., soltaron el cuello de Astrid. Ésta empujó a Hobart Lane, que cayó de espaldas sobre el catre, quedando con los ojos mirando el pobre techo de la cabaña; ojos muy abiertos, velados.

Astrid se sentía muy aturdida, le costaba respirar.

No obstante, ya estaba hecho. Restaba salir de allí y abandonar la zona.

Dejó la cabaña sin luz, y, un tanto tambaleante, muy agitado el busto, corrió hacia el auto, que tenía estacionado cerca, en la pendiente, con un peñasco haciendo de calzo en la rueda derecha posterior. No se ocupó del calzo, y se metió en el auto.

Lo puso en marcha; el auto saltó, dio un brinco, y fue calle abajo, pero despacio.

Astrid no estaba en muy buenas condiciones.

De ahí que su Falcon rodara muy moderadamente, por aquellas calles de barrio de Pauoa, siempre hacia el mar. Cuando pudo tomar Makiki y cruzar la autopista, y los bulevares, entonces, ya sintiéndose algo mejor, condujo más aprisa, hacia el Ala Wai Boat Harbor. Y allí, en el puerto, dejó el Falcon, dirigiéndose hacia unos astilleros, sintiendo que aún se le doblaban las piernas si no se esforzaba; aquellas manos, sin duda, habrían dejado huellas en su

garganta.

Llegaba a los astilleros; ante lo que se veía, la impresión era que allí se construían embarcaciones más bien ligeras, de recreo, y... de lujo, bajo encargos sin presupuesto. Un buen negocio, no había duda; y un complejo de varias naves, con sus diques, sus sótanos, sus estructuras.

Astrid, allí, habló con alguien; un tipo vestido con pantalón blanco y jersey a rayas horizontales blancas y azules, tocado con una vieja gorra; un tipo que acompañó a Astrid al muelle, y le proporcionó una lancha; el mismo hombre la desamarró, y vio partir a Astrid.

El auto era un Galaxie de 1964, y su conductor parecía haber perdido el juicio, a juzgar por la velocidad con que conducía. El auto parecía volar por las oscuras y apretadas calles de Pauoa, hasta que llegó a las cercanías de Kaola Way. Entonces, fue perdiendo velocidad, y se detuvo en un solar a oscuras.

Se apeó un hombre, que miró en torno, y corrió luego, hacia una de las cabañas de Kaola Way.

Era un hombre rubio, de aspecto agradable de no ser por la barba de varios días, y los enrojecidos ojos grises. Un hombre que parecía bastante alterado, y que se había detenido jadeante, ante la puerta de la cabaña en cuestión; golpeó con los nudillos. Primero, con cierta discreción, y luego con más fuerza.

—¡Hobart! —llamó, quedo—. ¡Hobart!

Había alzado más la voz.

Seguía mirando en torno, con ansiedad.

Entre otras cosas, aquel hombre, Bill Dewitt, temía la aparición de la patrulla Metropolitana, que debía estar buscando el Galaxie que había robado. Dewitt sabía cómo robar un coche, conocía su mecánica, sus características. Por supuesto, en tres días había viajado con cinco coches distintos.

No había huido, no. Prefería vagar, tratar de observar, de ver, de hablar con Hobart... Y luego, el golpe de la muerte de Jane.

—¡Hobart! —masculló.

Tenía que abrir; tenía que averiguar lo ocurrido allí dentro...

Forcejeó la puerta. Y saltó el pestillo, ya que la cabaña no ofrecía la menor seguridad en aquel aspecto, ni parecía que los profesionales del robo hubieran de sentir interés alguno por aquel

barrio indígena.

Pasó al interior; sólo podía entornar la puerta. Encendió la luz y recibió, casi simultáneamente, dos heridas.

Una: la luz en los ojos. Dos: la visión del cadáver de Hobart, tendido en el lecho, si bien había ido resbalando, y no tardaría en quedar tendido en el suelo. Un Hobart terriblemente acuchillado, lleno de sangre, con la expresión de ira, dolor, sorpresa, en sus diminutos ojos, más grandes que nunca en aquellos momentos, paradójicamente...

—Hobart —susurró.

Se acercó al muerto.

No lo tocó; no había necesidad de cerciorarse de nada. Estaba bien muerto. Lo imaginó cuando al salir aquella mujer de la cabaña ella misma apagó la luz; no era lógico. Un detalle quizás muy sutil, pero no era lógico.

—Compañero, metimos la pata —susurró Dewitt—. Pero voy a hacer algo por ti y por mí... Sí... Y ahora mismo. Ya no te perjudica lo que yo pueda hacer, ¿no es así? La policía, el FBI, ya no te harán nada. Esos perros... Matar, matan, matan...

Aún miró unos instantes al muerto.

La guerra no pudo con Hobart, y sí una mujer, una, simple mujer; una mujer y una guerra fría.

Con una extraña expresión en el rostro, Dewitt abandonó la cabaña.

Caminaba hacia el auto, pero lo pensó mejor. Lo deja allí; ya sería recuperado. Moverse a pie era más interesaran en aquellos momentos. Además, necesitaba encontrar un teléfono.

El inspector Hibbson, con las manos sobre la mesa estaba en pie. Gruñó:

—Es tarde, y en tanto no llegue la lista con datos no sabremos qué hacer, ni dónde buscar. Por tanto...

El teléfono.

Antes de que el inspector reaccionara, Sid se arrojó sobre el aparato.

—¿Sí? —inquirió.

—¿FBI?

—Sí, sí. ¿Quién llama? —inquirió Sid, dirigiendo una significativa mirada al inspector y a Frankie. El inspector entonces,

pulsó el botón amplificador; todos iban a oír la conversación. Dirigió una significativa mirada al inspector y a Frankie.

—Soy William Dewitt.

—¡Dewitt! Escúcheme: cuelgue y preséntese de inmediato aquí...

—No voy a hacer eso, de momento.

—Se está complicando la vida. Hay cosas que queremos, debemos aclarar, y usted...

—Voy a intentar aclararles algunas, pero... no hablaré de más y es mejor que no me interrumpa. Por lo pronto: decirles algo sobre un «ex-marine» llamado Hobart Era compañero mío en...

—¡Le han asesinado ya! —masculló Sid.

Se produjo un silencio.

Sid esperaba; tuvo que preguntar:

—¿Dewitt? ¿Me oye? Digo que ya han debido matarle...

—¿Cómo lo sabe usted? —Se oyó cauta, recelosa, la voz Dewitt.

—Aunque confieso que estamos navegando, sí hay cosas que hemos descubierto. Dewitt. Preséntese, y hablaremos...

—Aquí me siento cómodo y seguro. No insista. Ya... haré lo que debo hacer, pero a su debido tiempo. Si quiere escuchar algo sobre Hobart Lane, que es tanto como hablar de mí mismo, siga hablando; de otro modo, cuelgue.

—¡No lo haga! Le escucho, Dewitt..., aunque ya no es urgente encontrar a Lane.

—No. No necesita nada, ya. Le explicaré lo que juzgo más importante de todo esto, aparte de la muerte de Hobart: ustedes deben saberlo, huí... Huí, aun cuando el crimen del parque fue cometido por mi mujer; no la perjudico confesándolo ahora. Yo quise cargar con la responsabilidad, pero no pensando en la policía, en ustedes sino en esa... organización. Susan, la muerta, me estaba convenciendo a mí para traicionar al país, y otra mujer, la que he visto esta noche, se encargaba de Hobart...

—Dewitt, ¿ha visto a esa mujer? ¿Es pelirroja y llevaba un vestido amarillo?

—En efecto, señor. Yo... yo estaba a punto de hablar con Hobart. No era fácil, puesto que no sé si Hobart hubiese accedido a mis peticiones. Yo quiero vengar a Jane. Quería exigirle a Hobart quizás demasiado: que traicionara a esa gente, y que me ayudase en la venganza, y... y ya saldríamos adelante. Quizás Hobart, por mí,

lo hubiese hecho. Pero, claro, exigir algo así a un amigo, es abuso de amistad. Tengo que decirles que nos ofrecían medio millón de dólares por nuestra colaboración. Pero estaba diciendo que vacilaba en hablar con Hobart, cuando llegó esa mujer Esperé. Y la seguí luego...

—Dewitt, ¡la ha seguido! ¿Con éxito?

—No estoy seguro de eso, pero les llamo para decir dónde fue.

—Adelante, escuchamos.

—Conducía despacio, como si no se sintiera bien; la veía algo torpe. No soy demasiado experto en persecuciones en auto por la ciudad, pero pude seguirla. Llegó hasta unos astilleros muy modernos, situados en Ala Wai Boat Harbor Allí, habló con un hombre, y éste proporcionó a esa mujer una lancha. La perdí entonces, pero pienso que los astilleros pueden tener un significado...

—Probablemente, Dewitt. ¿Qué más datos puede aportar sobre los astilleros en cuestión?

—Entiendo que se dedican a construir embarcaciones ligeras, de recreo, de lujo.

—Bien. Siga.

—Decía que por mar no podía seguirla. Era mi intención, ¿comprende? Saber dónde se oculta... Porque ella no actúa sola Al verme burlado, regresé a la cabaña de Hobart, y espero que por lo menos sean piadosos con su cadáver. Después de todo, ni Hobart ni yo llegamos a consumir la traición.

—Dewitt, siga hablando. ¿Qué querían de ustedes?

—Lo ignoro, insisto. No sé si Hobart estaba ya al corriente, pero no yo. Jane, mi esposa, mató a... mi enlace, Susan, cuando habíamos fijado la cita en serio para el día siguiente. Me iban a poner al corriente de todo. No sé si Hobart ya le habían hablado.

—Está bien, voy a creerle. ¿Conoce a Zabulón?

—No... Lo siento.

—¿No conoce a...?

—A nadie más que a Susan, y ahora a esa mujer; la pelirroja del vestido amarillo.

—Dewitt..., usted ignora qué querían de ustedes; sin embargo, nosotros, el FBI, podemos llegar a conclusiones cortantes. Tengo que decirle que hemos solicitado del Pentágono una lista de «ex-

marines», que como usted y Hobart Lane, se licenciaron al mismo tiempo. Es obvio Lane figurará en esa lista, pero ya... Como sea, figuran nombres, y tengo idea de que en Honolulu, a la organización de Zabulón se le ponen las cosas difíciles y van a ir a Nueva York, para reclutar a gente... Usted puede ayudarnos más de lo que imagina.

—¿Cómo?

—Dígame: ¿cuál era, en la Marina, la especialidad de usted, y de Hobart Lane?

—¿Nuestra... especialidad? Entiendo...

—Yo oí a Astrid, a la asesina de Hobart, hablar de fotografías de cartas marinas.

—Puede ser algo relacionado con las aguas del litoral de Vietnam del Norte. Hobart, yo..., y otros, claro, fuimos los... especialistas, como usted dice, en la mayor parte de la colocación de las minas con que nuestro país bloqueó los puertos de Vietnam del Norte.

Puesto que los tres hombres del FBI oían, cambiaron miradas de inteligencia, de comprensión.

—Especialistas en minas —murmuró Sid—. Y habrá otro en Nueva York. Nos ha ayudado, Dewitt, créalo o no. A esos hombres, a esos especialistas, si no conseguimos aplastar aquí a Zabulón, les vigilaremos en Nueva York. Ésa sería la pista a seguir si aquí fallamos, si no podemos impedir que salgan de Honolulu hacia el continente. Ya le he dado las gracias, Dewitt, ¿no es así? Ahora, por su bien, entréguese. Usted mismo dijo que su traición no ha sido consumada: es más, ha colaborado muy eficazmente con nosotros. Lo tendremos en cuenta, y...

—Señor: sé muy bien que hoy, ahora, apenas pueden acusarme de intento de traición, con muchos atenuantes pero..., hay algo que no perdono: el brutal crimen de Jane. ¿Por qué a ella? Jane me amaba, y por eso se equivocó sólo por amarme.

—Es absurdo que quiera vengarse. Lo ha hecho ya en realidad, al hablar con nosotros. El FBI lo hará por usted.

—Lo pensaré.

—Como quiera. Pero si le encuentran, le ejecutarán. ¿Comprende? No se arriesgue demasiado.

—Sí.

—Ahora, Dewitt, diga: ¿tiene en Honolulu algún compañero de sus características, que pueda ser abordado por esa mujer?

—Lo ignoro. Supe lo de Hobart porque era mi mejor amigo. Puede haber alguno más, pero no lo sé. Buenas noches, señor.

Y colgó, j Sin más.

Sid quedó con el teléfono en la mano. Por fin, despacio, colgaba.

—La mejor pista hasta ahora: el astillero —susurró.

CAPÍTULO VI

La última en llegar a la reunión fue Astrid. Nadie hizo el menor comentario al ver su cabello teñido de oscuro, por lo demás, no se le veía una sola peca, y su vestido aquella mañana, era una simple blusa blanca, y unos *shorts* azul cielo, pegados a las caderas y muslos, denotando una formas fuera de serie, auténticamente de maravilla.

Se oyó una voz profunda; como si llegara del fondo de una caverna:

—¿Te sientes mejor, Astrid? ¿Estás repuesta?

Astrid miró al hombre.

—Mucho mejor, Zabulón —dijo—. Bien, en realidad es como si nada hubiese ocurrido. Con el maquillaje puedo disimular la marca de los dedos de Howard...

—Está bien, siéntate.

Astrid lo hizo. Junto a Franks, y Dutton, dos tipos silenciosos, que evidenciaban, en su actitud, en su presencia física, que eran luchadores, hombres de acción. Dutton no debía tener aún cuarenta años, tenía todo el cabello blanco, y un mentón cuadrado y fuerte. Franks era más sobrio, y tenía un rostro hermético; tanto como sus ojos oscuros que miraban con una fijeza e inmovilidad, que resultaba desagradable.

Quizás el más notable de los tres hombres fuese Zabulón, verdadero gigante; tenía, hasta cierto punto, largos brazos, barba cerrada, entrecana, rostro basto, de líneas angulares; llevaba gafas oscuras protegiendo sus ojos, y vestía de blanco, con impecable elegancia.

Cuando todos estuvieron sentados. Zabulón se puso en pie y su fuerte mole se encaminó hacia un gran cuadro, que era una

fotografía del contorno de aquella quinta, enclavada en Kahala, de cara de Maunalua Bay y de espaldas al Country Club, una maravilla de jardín.

Zabulón, ya ante la fotografía, se volvió hacia Astrid y los dos tipos.

—Parece ser que en definitiva, habrá que ir a Nueva York —dijo—. En Honolulu hemos fracasado, y... con riesgos que quizás harían tambalear nuestro grupo. Unos celos de mujer, y un micro en la habitación de Paske; pequeñas cosas, grandes efectos, es sabido. Pero vayamos al grano. —Giró entonces, y apretó un resorte que resultaba invisible a simple vista; había que conocer su emplazamiento.

Entonces, aquella fotografía se corrió, dejando al descubierto algo más importante, no tenía nada de paisaje, realmente. Era una carta marina, de gran tamaño, a gran escala. Con multitud de ángulos, líneas, dibujos, señales, que se iluminaron de modo automático, con un lujo sobrio de buen gusto; lujo que sólo disfrutaban los auténticamente habituados.

En la penumbra, aquellas señales luminosas tenían más brillo.

Por lo demás, aunque no había ningún nombre escrito, se veía claramente el relieve del litoral de Vietnam del Norte, con sus principales puertos bien señalizados; del mismo modo, estaban anotadas las profundidades respectivas, y de las zonas más cercanas; había varias fosas también incluidas. En resumen, un completo estudio de la zona marítima de Vietnam del Norte.

—Cada uno de vosotros —dijo, de pronto, Zabulón—, a hará cargo de un tercio de este mapa marítimo. Cada uno de vosotros llegará al continente, a Nueva York, por distinta vía, por separado. Es... un contratiempo no poder organizar, dirigir, desde aquí, la operación, pero lo esencial es que llegue a realizarse. Mi presencia, incluso, es innecesaria, ya que todos vosotros sabéis lo que debe hacerse.

El silencio parecía señal de asentimiento.

Tan sólo Astrid inquirió:

—¿Quién llegará primero a Nueva York?

—Creo que conoces bien la ciudad, Astrid.

Ella esbozó una sonrisa.

—Y tengo un piso a nombre de Agner Harlan —dijo.

—Magnífico... Entonces, tú partirás en primer lugar.

Luego, lo hará Franks, y, por último, Dutton; cada uno de vosotros con un tercio del mapa. Y mucha atención ahora.

Les miraba a través de sus gafas oscuras; allí, imponente de corpulencia, de personalidad.

Agregó:

—El FBI aunque parece lejos de nosotros, es muy capaz de ir atando cabos, en cuanto descubra la especialidad de Lane y Dewitt. Imaginarán algo; quizás vigilen... No hay que menospreciarles. Y esto viene a cuento por algo que os voy a exigir: si sois atrapados, debéis buscar el modo, como destruir la parte del mapa que llevéis encima.

—Si nos atrapan —abrió la boca Dutton, el del cabello blanco—, poco importa lo que destruyamos, Zabulón... Quizás resistiéramos la tortura, lo cual, seamos realistas, es muy dudoso, pero no podríamos hacer nada frente a unas dosis del suero de la verdad. Por tanto...

—Lo sé... Sé que hablaríais... No obstante, hay algo que ignoráis: el autor de este perfecto mapa, de esta carta marina que tenéis delante. Y lo vais a seguir ignorando. En cambio, si el mapa, o una fracción, cae en manos del FBI, tardarían muy poco en saber quién es nuestro hombre en la Sección de Cartografía Estratégica en el Pentágono. ¿Comprendido?

De nuevo el silencio parecía significar asentimiento. Zabulón pasó la mirada por el mapa, y musito: Necesitamos apuntarnos este éxito. Lo creíamos más fácil de acuerdo... No obstante, las dificultades, cuando aparecen, se vencen, y en paz. Mañana partirás hacia Nueva York, Astrid, con tu tercio de mapa. Te instalas en ese piso, y mandas un cable. En tres días como máximo, estaréis todos allí tú, Dutton y Franks. Y..., si mi presencia fuese necesaria, o hubieran de ser tomadas medidas no previstas, espero vuestras noticias. En tanto, interpretaré vuestro silencio como que todo marcha bien.

—De acuerdo —dijo Astrid.

—Dedica el día de hoy a preparar el viaje —ordenó Zabulón. No dejes ningún cabo suelto.

—No pienso cargar con mucho equipaje —sonrió Astrid—. De todos modos, haré eso, y... descansaré un poco.

—Los demás —miró a Dutton y a Franks—, id estudiando vuestra salida, por separado.

—¿Y la búsqueda de Dewitt? —inquirió Dutton.

Zabulón juntó las negras y espesas cejas.

—Yo me quedo aquí, ¿no? —dijo—. Aparte de que considero a Dewitt poco peligroso. Está oculto como una rata, y..., quizás ni siquiera convenga el esfuerzo de dar con él. Significaría movimiento, y por circunstancia imprevisible ya hemos tenido que actuar en exceso últimamente. Olvidad a Dewitt, por tanto. Repito que ye me quedo. Otra cosa: esta noche nos reuniremos de nuevo Para terciar el mapa y... ponerlos al corriente del curso de la obras, ya finalizando. Sólo nos faltan los hombres, en realidad. Es todo.

Se disolvió la reunión.

Astrid salió al exterior, y quedó unos instantes bajo el sol. Le agradaba más aquel clima que el neoyorquino ciertamente; el ambiente en general; era otra vida.

Por ejemplo, sólo tenía que dar unos pasos y acercarse a la piscina, en forma rara, muy moderna, con aguas azulinas que permitían ver el fondo, con azulejos artísticos, incluso había peces serigrafiados, y a cualquier movimiento de la aguas aquellos peces parecían tener movimiento ondulante vida propia.

Sólo tenía que llegar, quitarse la blusa, los *shorts*, dejar las sandalias en el césped y quedar en bikini, con una pieza superior a la mitad de lo normal, y una inferior de las mismas características; color plata. Ni siquiera temía por su teñido especial de cabello, del nuevo color, el negro.

Se estaba colocando en correcta posición la pieza inferior del bikini cuando vio a Homer, un criado, que llegaba con un tipo. Un hombre algo desgachado; vestido con pantalón blanco, camisa rosa, con calados, una gorra ladeada, una sonrisa también ladeada, mirada parda, ligeramente cínica...

Ella vio que el tipo le decía algo a Homer, éste protestaba, pero el tipo se salió con la suya; dejó plantado a Homer, y se acercó, sin prisas, como paladeando la perspectiva, a Astrid, que fingía no reparar en la llegada del desconocido, ni en aquella observación que pisaba ya los límites del descaro, casi de la grosería.

—Buenos días, sirena —fue lo primero que dijo el tipo—. Me llamo Douglas Lynn Ranger. Doug para usted. *Miss Harían*, me dijo

el criado...

—Soy *miss* Harían, sí. ¿Me busca, señor?

—La he encontrado, que no es lo mismo —rió el tal Ranger, un tanto estúpidamente—. Cosas del azar, ya sabe... pero todo tiene su relación. Me explicaré: yo busco un yate y encuentro una sirena...

—¿Busca un yate, señor Ranger?

—Si no me han dirigido mal, y creo que no, me encuentro en...

—Miró en torno—, en una bonita villa, hay que admitirlo, propiedad de *míster* Zabulón Chilcott. Siempre si no me han informado mal, parece ser que *míster* Chilcott es el hombre capaz de construir el yate que uno desea, sin presupuesto previo, confiando en el buen gusto, y en la alta calidad del trabajo en los astilleros Chilcott.

Por fin, Astrid sonrió.

Le brillaron los dientes; blancos, bien alineados perfectos.

Brilló ella, su mirada verde muy claro..., en contraste fascinante, según parecía pensar el tal Ranger...

—Ha acertado de lleno, señor Ranger —dijo, con tono más amable—. Sin embargo, me temo que yo, personalmente, no le puedo atender. Al respecto, sobre negocios, el señor Chilcott tiene la palabra. Sólo soy su secretaria.

—¿Pero le importa que le hable de mis proyectos?

—Pues..., no debería decir que no, señor Ranger, pero...

—¿Pero?

—Ocurre que tengo que salir de viaje al continente.

—Ya... Vaya, es un contratiempo. He pensado muchas cosas al verla, *miss* Harían, y todas muy agradables...

—Agradables, ¿para quién? —sonrió Astrid.

—Para mí, claro..., y, ¿por qué no?, para usted también.

—Podría ser, señor Ranger... En fin, como supongo que su tiempo es valioso, le presentaré a *míster* Chilcott, y...

—Mi tiempo —cortó Ranger—, no vale nada, *miss* Harían. Lo que vale es mi dinero. A veces me disgusta que sean otros los que trabajen, y el millonario sea yo. Pero ese disgusto dura poco —rió.

Astrid entendió que aquélla era una estúpida impertinencia, y esbozó una sonrisa de circunstancias.

—De todos modos, señor Ranger —dijo—, insisto en que es preferible que trate del asunto con *míster* Chilcott..., que le veo

llegar.

Ranger miró de soslayo a aquella elegantísima mole que había hecho su aparición y se acercaba.

Suspiró, y dijo:

—¿Podremos seguir hablando de nosotros, *miss* Harían?

—Si tiene paciencia para esperar mi regreso del continente, tal vez —dijo Astrid.

—La paciencia depende del tiempo. ¿Muchos días?

—Casi un mes.

—No la creo. Me echa... ¿No le soy simpático?

—Usted lo dice todo, señor Ranger.

—Y usted lo piensa.

Astrid, con una sonrisilla, dijo:

—Debo deducir que tiene un bajo concepto de sí mismo, señor Ranger. Cree que le echo, que no me cae simpático, que trato de eludirle... Pero, si hemos de continuar, será luego. Ahí está *míster* Chilcott. Venga, por favor.

Astrid y Ranger iban al encuentro de Chilcott y viceversa; encuentro que se efectuó en el borde del césped. La acogida de Zabulón al tan Ranger fue cortés, amable... En unos instantes dispuso que pudieran hablar bajo un parasol, tomando algo fresco y agradable. Y mientras se sentaban, Astrid se zambulló en el agua. Y desde su sitio, Ranger podía ver moverse los peces serigrafiados del fondo. No habían entrado aún en materia, cuando apareció Homer, con los combinados pedidos, tres; había más hielo que otra cosa, lo cual se agradecía, de todos modos.

—No deja de ser cómodo que los clientes le busquen a uno, *míster* Ranger —decía Zabulón—. Ya lo sabe; mi lema es la calidad, el lujo... a quien no le importa el precio. Podemos, si le parece bien, tratar ya algunos de los detalles sobre el yate que usted desea.

Ranger carraspeó, luego dijo:

—Supongamos que lo dejo a su gusto, *míster* Chilcott.

—Creo que no se arrepentiría... —sonrió Chilcott.

—Trato hecho, entonces.

Chilcott parecía un poco sorprendido.

—¿Quiere decir que acepta el trabajo que yo le haga, si más condiciones que su pago a la entrega? —inquirió.

—¿Para qué regatear? Sólo voy a exigirle algo; que sea

absolutamente original. Entendámonos... Sabemos que un yate ha de flotar, ha de tener unas características fijas Pero..., el resto, y me refiero a camarotes, salón, piscina bar, etcétera, ha de ser algo nuevo, distinto a todo lo visto Si se compromete, adelante, míster Chilcott.

—Creo que vamos a conseguir algo ideal, señor Ranger Precisamente, estaba estudiando una idea...

—¿Puedo verla?

—Tendría que ser en los astilleros. Si no quiere molestar...

—Ninguna molestia. Los barcos, la mar, todo lo relacionado con eso, me maravilla... Aun no entiendo cómo es posible que buques de miles de toneladas floten y corran por encima de las aguas... ¿No es algo fantástico, señor Chilcott?

Por supuesto, Chilcott había llegado ya hacía rato a la conclusión de que el tal Douglas Lynn Ranger era un imbécil, con más millones que neuronas en el cerebro. Clientes así, sin embargo, interesan. Exigen, pero luego se conforman, pagan y al poco tiempo han olvidado su capricho; ni siquiera tienen tiempo de notar los defectos.

—Bien... Entonces, le cito esta tarde en los astilleros señor Ranger —dijo Chilcott—. Le mostraré cómo se trabaja para que... su confianza sea total.

—Acepto. ¿A las cinco, míster Chilcott?

—Es una hora magnífica. Y... lamento profundamente no poder invitarle a almorzar hoy conmigo, ya que he contraído otro compromiso. No obstante, tendré ese placer mañana, o tal vez...

—No se preocupe por eso —rió Ranger—. Yo también tengo los míos.

Y guiñó un ojo.

Luego, los dos, al ver a Astrid salir del agua.

—Y algún otro que podría adquirir —musitó.

Chilcott meneó la cabeza.

—Si lo dice por *miss* Harían, tendrá que demorarlo... —dijo.

—Ya me desoló hace poco con esa noticia...

Chilcott, entonces, se puso en pie.

Tendió la diestra a Ranger quien, groseramente, no se molestó en erguirse; la estrechó blandamente y dijo:

—Ha sido un placer, míster Chilcott. Hasta la tarde. A las cinco.

—De acuerdo. Repito que lamento no poder...

—Olvídelo. *Miss Harían* puede resolver las cuestiones de cortesía, si existen.

—Le dejo con ella, entonces.

Chilcott se iba.

Reflexionó un poco.

Era difícil calibrar a un hombre, lo sabía por experiencia. Tenía ante él a un tipo llamado Ranger, que aparentaba ser un millonario con la cabeza abarrotada de caros caprichos. Un tipo insensato, estúpido, vacío... Eso, en apariencia... Era mejor que Astrid intentara sonsacar algo, o llegar a otras conclusiones. Astrid era una máquina intuitiva, muy eficaz en el aspecto psicológico, máxime tratándose de hombres. Astrid, al marcharse Chilcott, ya comprendía lo que éste le pedía: que se ocupase del millonario. Luego, cambiarían impresiones.

A Astrid le fastidió un poco, pero había que hacerlo... Sin secarse, sin pedir albornoz, sin más que su bikini chorreante, con la piel llena de brillantes guedejas, se sentó en el césped, de cara abajo, mirando a Ranger, ya que se había tendido casi a los pies de éste.

—¿Hay principio de acuerdo, señor Ranger? —inquirió.

—¿Principio? Hay acuerdo total, *miss Harían*. Nena..., podemos llamarnos más familiarmente. Tú a mí Doug, y yo a ti...

—Agnes.

—Dilo sonriendo, o creeré que no te gusta.

Astrid sonrió, aquella vez espontáneamente.

—Agnes, con sonrisa —dijo—. ¿Deseas algo más?

Ranger suspiró, hondo, muy hondo.

—Necesitaría un libro para decirte todo lo que deseo.

Lo dijo mirando el busto de Astrid, mal contenido en el bikini. Poco contenido, por decirlo así. Y lo cierto era que la visión, el espectáculo, se prestaba a fantasear. Ella espió la expresión de Ranger, y sólo vio... suciedad, deseo; lo obvio en un hombre que puede satisfacer cualquier capricho, y que se halla ante uno de ellos..., que puede ofrecerle resistencia.

Nada más que eso; mirada de hombre.

Por eso, entornó los ojos y susurró:

—¿No estás exagerando, Doug?

—Criatura, ¿no tienes espejo?

—Oh... Pues sí. Pero me conozco bien, y...

—Pues, permíteme decirte algo, si no te opones, yo también quisiera conocerte bien...

—Olvidas mi viaje.

—Puede entrar en el precio del yate.

—No me gusta que quieras comprarlo todo, Doug —dijo ella, con voz suave, pero significativa.

—Alto... alto, muñeca... No quiero comprarte a ti; sí, en cambio, ese inoportuno viaje tuyo. No es lo mismo, ¿verdad?

—Dichas así las cosas..., no; no es lo mismo.

—¿Y qué dices a eso?

—Lo siento; dependo del señor Chilcott.

—Ya... ¿Tienes tiempo de cenar conmigo esta noche?

—De cenar, sí. Para lo otro, no —sonrió Astrid.

—¿Lo otro? —inquirió, con cara inocente, Ranger.

—Sólo cenar es algo prosaico, Doug. En sí, no es nada. Es... la excusa, ¿no crees? Se intima un poco en la cena, más con el baile, un poco más en el paseo por la playa..., y se acaba, quizás como tú lo tienes previsto, pero yo no. Y, repito, no tengo tiempo para todo eso.

—Lo siento... A tu regreso, entonces. Calculo que mi yate no se construirá antes de un mes, es imposible...

—Dentro de un mes me habrás olvidado.

Ranger sonrió.

—Nunca... De veras, Agnes. Nunca.

Ella rió, y dijo:

—Me encanta la forma en que dilatas un par de horas. A eso se le llama dilatación del tiempo, sí... Y ahora, señor Ranger, con su permiso...

—¡Un momento! —cortó Ranger—. ¿Qué significa eso de señor Ranger?

—Que todo es como era antes. Usted es míster Douglas Lynn Ranger y yo *miss* Harían. Tengo cosas que hacer; lamento dejarle a solas. Avisaré a Homer para que le acompañe a la salida.

—Pero...

El señor Ranger estaba muy desconcertado, al parecer. Veía alejarse a Astrid en bikini, con los *shorts* y la blusa en la mano. El

señor Ranger esbozó una sonrisilla. Evidentemente, hubiera sido una estupidez limitarse a paladear langosta en compañía de aquella criatura. Lo bueno es lo que sigue a la langosta, aunque todo sea puro veneno...

Por su parte, Astrid entró en la casa y fue directa al despacho de Chilcott, tras haber ordenado a Homer que acompañara al visitante. Chilcott la esperaba fumando un buen cigarro, fino, delgado, aromático; siempre con sus gafas oscuras, dueño de un gran corpachón elegantísimo...

—¿Qué? —inquirió, sin preámbulos, Chilcott.

—No sé... No es lo que se dice un estúpido total, pero... Hay gente como ese Ranger en el mundo, Zabulón. No es producto único; así que...

—No estás diciendo nada. Concreta.

—No es fácil. Yo diría que no existe peligro; pero con algunas reservas. No puedo ser más explícita, Zabulón, lo lamento.

—Es más o menos lo que yo pienso. Sólo algunas reservas...

Astrid fue hacia la ventana.

Miró. Veía al tal Ranger alejándose, tras haber dejado al criado plantado. Homer, con los hombros encogidos impotente, regresaba, meneando la cabeza; debía pensar que aquellos multimillonarios son todos unos chiflados inútiles, vagos y muy mal educados.

—Se supone, Zabulón, que no se suspende el viaje —dijo Astrid.

—Por ningún concepto. Lo que quede aquí es cosa mía.

CAPÍTULO VII

La llegada del visitante a los astilleros fue casi una apoteosis. El tipo, desgachado, sin haberse afeitado siquiera, con su pantalón blanco y la camisa rosada, con calados, y muchas greñas, llegó metido en un Rolls-Royce, conducido por un tipo muy circunspecto, llamado Frankie.

Frankie Siepmann, agente del FBI, uniformado, y con gorra incluso, que se apeó y se quitó la gorra para abrirle la puerta a su amo, el multimillonario. Éste, con una sonrisa de lo más estúpida, apareció con algo entre los brazos; un perrillo de lanas, que ladraba como si le estuvieran pisando la corta cola.

—Espéreme aquí, Frankie —dijo el multimillonario Ranger.

—Lo que usted ordene, señor —casi gruñó Frankie, a quien el papel de chófer no acababa de convencer.

Sid Kiwanis le dirigió una fugacísima sonrisa cargada de ironía y echó a andar, con su perrillo en brazos, escandalizando en todo el recinto de los artilleros. Fue recibido por algún encargado que esperaba la llegada del cliente y de allí le condujeron al despacho burocrático, administrativo, de míster Zabulón Chilcott, qué le recibió con una cordial sonrisa, absteniéndose de tenderle la mano, ya que Ranger no soltaba al perrito.

—Estoy desolado, míster Chilcott. Media hora de retraso... El pobre Pinky acusa un agudo estreñimiento, ¿comprende? Una verdadera tragedia...

—Vaya... Lo siento... ¿Quiere tomar asiento, señor Ranger?

—Preferiría realizar esa visita a la que tan amablemente me ha invitado. Así le haré perder menos tiempo. Y el encargo es en firme, por supuesto; exprímase bien el cerebro, señor Chilcott...

—Es mi trabajo, no se preocupe. ¿Me sigue? Le iré mostrando las

dependencias, y los trabajos que realizo actualmente. Pasaremos a los diques secos, a los astilleros... Por aquí...

Siempre mimando a su perrillo estreñado, el multimillonario Ranger, que provocó más de una sonrisa a su paso, estuvo, en compañía de Zabulón Chilcott visitando los astilleros. Pudo constatar que, en efecto, allí no sólo se construían ligeras embarcaciones, de recreo y lujo había ya un par de yates a punto para ser botados, y resultaban en verdad bellos, esbeltos, contruidos con gusto. Otros, más pequeños, la estructura de algún otro encargo.

De todos modos, si bien el hombre del FBI prestó atención a lo que en aquellos momentos estaba siendo construido, o en vías de construcción se interesó mucho más por las probables salidas y entradas del complejo, tocando diques del mueble 48. Por supuesto, no hizo partícipe a Chilcott de su interés por las entradas y salidas de aquel lugar.

En cuanto a lo que se estaba construyendo, Sid, quizás por simple intuición, pensó que no lo había visto todo, pero no quería insistir en entrar en una nave que parecía cerrada y que Chilcott la mencionó como nave de calafateado, agregando que era muy poco usada, ya que había abandonado tal actividad últimamente y sólo atendía en tal aspecto a sus propios clientes, si recalaban en Honolulu.

La visita duró algo más de una hora, y Chilcott condujo de nuevo a Sid al despacho.

—Bien, ¿qué le ha parecido todo, señor Ranger? —inquirió.

—Le felicito, míster Chilcott...

—Gracias. Por lo pronto, a mis proyectistas les voy a encomendar el primer bosquejo de lo que, se lo garantizo será un yate fabuloso... Usted, cuando le avise, verá e bosquejo y entonces, de interesarle, firmaríamos el contrato. Por cierto..., ¿dónde puedo localizarle, señor Ranger?

—Oh, bueno... Vagaré por las Hawai durante un par de semanas, y regresaré a Honolulu. ¿Cree que hay tiempo?

—Justo el que necesito. Si fuese tan amable de aceptar mi invitación a cenar esta noche...

—Lo siento de veras, míster Chilcott, pero tengo el crucero preparado. Zarpamos antes de las nueve, y...

—Comprendo. Dentro de quince días, entonces.

—Eso es. Encantado por todo, por su amabilidad...

—Soy yo quien le está agradecido, señor Ranger —protestó Zabulón Chilcott.

Discutieron cinco minutos sobre el mutuo placer de haberse conocido y luego el propio Chilcott acompañó al excéntrico mimador de perritos de lanas, que había callado por fin; tal vez temió que aquello fuese un matadero canino. Y Chilcott vio a Sid meterse en el auto, cuando el correctísimo chófer, muy elegante con su uniforme y su gorra le abrió la puerta.

Medio minuto más tarde, el Rolls-Royce arrancaba.

—¿Y ahora, mi amo? —Gruñó Frankie.

Sid rió brevemente y soltó al perrillo.

—El maldito chuchó... —rezongó—. En fin...

—Bueno, ¿te explicas o no? ¿Y a dónde vamos?

—Da unas vueltas por la ciudad; aunque la conocemos bien, siempre resulta encantadora. Baja por Diamont Head.

—Está bien. ¿Y qué hay ahí dentro? De una vez —masculló Frankie.

—Nada..., a la vista.

—Entonces, ¿ése no es el Zabulón que buscamos?

—Claro que lo es, Frankie... Claro que lo es... Aunque Astrid se haya apresurado a teñirse el cabello y probablemente haya enterrado el minivestido amarillo; te perdiste algo sensacional de verdad al no verla, aunque te aseguro que en bikini no pierde encanto, precisamente. Ahora bien, ¿qué le digo a Chilcott? ¿Qué le detengo porque sospecho que tiene algo que ver con un proyecto de traición al país? ¿Y a Astrid? ¿Le digo que no es *miss* Harlan y que ayer era pelirroja y llevaba un vestido amarillo?

—Alguna forma habrá de echarles la zarpa encima, ¿no?

—Hay que buscarla.

—¿Cuándo?

—Esta noche..., si la impaciencia no te mata antes —gruñó Sid—. Esta noche, vamos a realizar una incursión por el interior de los astilleros; siento curiosidad por cierta nave, de modo especial. Cuando nos detengamos, Frankie, trazaré un plano de entradas y salidas factibles, y enfocaremos la incursión de modo que no se produzcan fallos.

—O. K. Eso ya es otra cosa. Podré patear el uniforme y la gorra, ¿no?

—Hazlo si gustas, pero no te cae tan mal como todo eso —sonrió irónico, Sid.

—Muy gracioso...

—Ahora, voy a llamar a la Delegación; quiero vigilancia en la quinta de Chilcott. Quiero que se vigile a la gente que entre y salga; que se establezca un control... En cuanto hallemos la mínima prueba, caeremos sobre ellos. Otra cosa: Chilcott no me parece tonto, ni mucho menos...

—¿Por qué dices eso? ¿Crees que sospecha de ti?

—Quizás no tanto, pero... Mi impresión es la de que se trata de un hombre inteligente y organizado. Desarrolla, además, una actividad ideal para cierta clase de operaciones... Quiero decir con esto que no es la primera vez que actúa; tiene experiencia, aplomo y materia gris. En suma, no es un enemigo despreciable. Y como es suficiente con esta vuelta, Frankie, encamínate al garaje de Likeline y a continuación iremos a ver al jefe, en Queens, a la Delegación.

La meticulosidad de Sid al preparar la incursión había dado sus frutos.

Eran poco más de la diez de la noche, cuando se encontraba en el complejo, en completa libertad de movimientos. Sin perrillo de lanas, naturalmente, provisto de su automática, con tubo silenciador por si las circunstancias lo requerían, y, además, vestido con ropas oscuras.

Casi todo estaba en sombras y Sid Kiwanis era una más, pero móvil; una sombra que se desplazaba sobre seguro. Iba directamente hacia la nave de calafateado que, según Chilcott, estaba en desuso, o casi. Aquella nave le interesaba de modo especial. Por lo demás, todo parecía solitario y aunque había algunas luces, sólo eran referencias para los vigilantes que debía haber.

Por fin, el hombre del FBI llegó a la vista del doble gran portón que daba acceso a aquella nave.

Sid trataba de imaginarla como las demás; un techo fuerte, a doble vertiente, con las estructuras visibles, abajo, un canal que daba al mar; desde allí se deslizaba el buque calafateado al agua; se remolcaba. Por tanto, había salida al mar...

Ante el portón, y sombras por el entorno, Sid extrajo del bolsillo una ganzúa. Era cuestión de segundos, ya que el doble portón tenía sólo una vieja cerradura. En efecto, cuestión de segundos. Era cuestión de empujar y entrar allí.

Antes, sin embargo, Sid trató de captar algo; alguna luz, un indicio de que allí había actividad nocturna, ya que era difícil hacerse a la idea de que todos, absolutamente todos los empleados de los astilleros de Chilcott contaban con la confianza de la organización.

No captó nada.

Entró en la nave.

El reflejo, en efecto; al fondo. El mar. Un retazo de mar, como a la salida de un túnel; un retazo de mar, en el que se bañaban algunas luces, que llegaban con poca intensidad, además, el calor y la humedad formaban una pequeña neblina.

—Buenas noches, señor Ranger —oyó, de pronto, una voz—. ¡No se mueva! Estoy a su espalda, apuntándole con una pistola. Lamento tener que decirle que no es usted muy listo; ha caído en la trampa.

—¿Qué trampa? ¿Quién es usted? Oiga, sentí curiosidad y...

—Sí, en efecto, lo esperábamos... Sintió una gran curiosidad ante una nave que mister Chilcott, a propósito, no quiso mostrarle. Y usted ha querido verla por su cuenta.

—Mire, amigo...

—No se tome molestias por convencerme, le falta el perrito de lanas, y le sobra la pistola automática. Póngase de cara al portón.

Tras vacilar unos instantes y puesto que no veía a su enemigo, el hombre del FBI acabó por aceptar la situación obedeció, pues, situándose de cara al portón.

—Apoye los brazos en el portón, y retire el cuerpo lo máximo posible.

De nuevo obedeció Sid y se dejó arrebatar la automática entre otras cosas porque comprendió que no podía hacer nada por evitarlo sin correr el riesgo de recibir un balazo en la coronilla. Notó que el tipo se retiraba dos pasos. Sid gruñó:

—¿Usted me ve?

—Puesto que hacía rato que le esperaba, me he habituado a esta luz ambiente.

—Claro... Ya presentía que Chilcott era un hombre inteligente. Le felicito por la trampa que me ha tendido...

—Usted, en cambio, no ha mostrado muchas luces, Ranger.

—No todos somos genios. ¿Quién es usted? ¿Dutton o Franks? Los mencionó Paske, y oí esos nombres por el repetidor del micro.

—Entonces, me presentaré: Dutton.

—Encantado de conocerle. ¿Puedo volverme?

—No es necesario, vamos a salir. Irá conmigo al despacho y desde allí efectuaré una llamada a míster Chilcott; la espera a las diez y media en punto..., con novedades o sin ellas.

—Le alegrará que haya noticias...

—No lo creo, Ranger. La presencia aquí de un agente del FBI es alarmante, y está en el punto opuesto a una buena noticia... —dijo, con tono en el que se notaba preocupación, Dutton—. Espero que tengamos tiempo de hacer algo positivo antes de que el FBI caiga sobre nosotros. Ahora, abra una hoja del portón y vaya saliendo. No olvide que le estoy apuntando.

Sid abrió una hoja, con Dutton detrás; de soslayo, Sid ya había podido captar la cabellera blanca de aquel hombre. Sid quedó en aquel húmedo distribuidor y apareció Dutton, seguidamente, pistola en mano. Y justo aparecer Dutton, se movía una sombra detrás de éste. Una sombra que se materializó mediante un tremendo puñetazo en el centro de la espalda de Dutton, que se arqueó, con un gemido.

Actuó Sid entonces, dirigió la zurda hacia la mano con que Dutton empuñaba la pistola y la diestra la empleó para asestar un seco golpe al abdomen de Dutton, quien se enderezó, no sabiendo si debía volver a arquearse o arrugarse, como partido en dos por aquellos golpes. Apenas veía, además, casi no podía respirar...

CAPÍTULO VIII

Se oyó la voz de Sid:

—Buen golpe, Frankie. ¿Y los otros?

—Vigilan su zona.

—Magnífico...

Lo primero que hizo el hombre del FBI fue recuperar su automática, del bolsillo de Dutton. Luego, hizo un gesto y Frankie comprendió. Y allá iba Dutton, mareado, con náuseas, con terrible dolor, entre Sid, que por conocer el terreno abría la marcha y Frankie, que iba detrás, sin descuidar la vigilancia, amenazando a Dutton con su pistola.

Sid fue directamente al despacho de míster Chilcott; el despacho burocrático, el de los negocios... Camino sobre la moqueta, y fue directo a una lámpara de pie de bronce encendiendo la luz. Sin despegar los labios, miró su reloj de pulsera. Luego, se dirigió a Dutton, que estaba muy pálido, con una pátina como de gelatina en su rostro, por el sudor que había brotado, helándose.

Sid dijo:

—Faltan cinco minutos para que usted llame a Zabulón, dándole el parte de novedades. Con su permiso, le sugeriré lo que debe decir: Que estaba equivocado, que nadie se ha presentado en los astilleros, que con ese Ranger debe estar en un error. ¿Le parece bien?

—Diga que sí, Dutton, se lo aconsejo —gruñó Frankie, siempre a espaldas de Dutton.

El tipo, con cara hermética, ya más repuesto, no despegó los labios.

Frankie iba a hablar de nuevo, pero zumbó la radio que llevaba en el bolsillo, la extrajo, abriendo conexión.

—¿Qué? —inquirió.

—Salen burbujas del túnel de esa nave de calafateado, Frankie. Si ves a Sid, díselo. Estoy bien situado, y no hay duda de que se produce actividad, cual sea. Y burbujas..., huele a algo submarino, ¿no te parece? Ya te seguiré informando. Fuera.

Era obvio que Sid y Dutton habían oído también y Frankie, con una sonrisilla guardó la radio.

—Burbujas, Sid... —dijo—. Las haremos salir rojas, de sangre... ¿Vamos a por ellos?

—Tranquilo, Frankie. Una cosa se empieza por la base, no por el techo. Falta un minuto y medio para que Dutton llame comunicando el parte a Chilcott. Oiga esto, Dutton dígame que aquí no ocurre nada, y que va a esperar tan sólo hasta las doce en punto para llamarle de nuevo. De no haberse producido novedad a esa hora, medianoche, usted regresará, sin más.

—No pienso hacerlo —dijo Dutton, sin aspavientos.

—Chilcott va a caer de todos modos, Dutton.

—Pero no por mí.

—No es por usted; es por el FBI es..., en principio, por los celos de una mujer que amaba a su esposo... ¿Sabe que Dewitt fue quien nos puso sobre la pista de los astilleros de Zabulón? Llame. O en un minuto, en un simple minuto, sufrirá más que en toda su vida; le aseguro que mientras viva no olvidará este simple minuto. Llame.

Dutton parecía mostrarse firme.

Sid hizo un gesto; sólo un leve gesto. Y vio el rictus de miedo de Dutton, esperando el dolor, antes de que Frankie actuase. De todos modos, Dutton no esperaba el salvaje golpe, ni el lugar; fue justo debajo de la axila, en la región ganglionar... Un golpe capaz de matar, si se aplica con violencia incontrolada. Y siguió el segundo golpe, en el mismo punto de la otra axila.

Dutton era un muñeco pálido, casi sin vida, en aquellos momentos.

Sid, mirándole con frialdad, hermético el rostro, estaba ya marcando el número de teléfono de la villa de Zabulón Chilcott.

—Venga, Dutton y tome el aparato.

Dutton, empujado por Frankie, llegó junto a Sid.

Se encontró con el teléfono en la mano.

Se encontró con aquellos dos hombres frente a él, dos hombres

llenos de ferocidad, implacables, no le darían tregua...

—Van a responderle, Dutton. Recuerde lo que le dije —murmuró Sid.

Se oía la voz, por el micro telefónico:

—¡Diga! ¿Dutton? ¡Dutton!

—Responda de una vez —masculló Sid.

Dutton, aun con el rostro color sudario, tuvo que ceder. Era inoportuno morir en aquellos momentos...

—Sí, soy Dutton —dijo.

—¿Qué sucede? —Era la voz de Zabulón.

—Nada.

—Bueno, ¿entonces?

—Aquí todo está en orden... —dijo Dutton, con tono aceptable.

—Así que la trampa no ha dado resultado. Bien. Habrá que llegar a la conclusión de que ese Ranger es quien dice ser, pero aún pienso hacer algunas otras averiguaciones.

—Quizás perdemos el tiempo. Llamaré a medianoche de nuevo, Zabulón.

—De acuerdo. Pero si se produjera novedad, hazlo de inmediato.

—Por supuesto...

Y colgó, despacio, para mirar, ya con rostro impasible, a los dos agentes federales.

—Ha estado bien, Dutton —dijo Sid—. Ahora, vayamos a otros asuntos, todos muy positivos. Primero: ¿qué hay de esas burbujas en el túnel de la nave de calafateado? ¿Qué se está construyendo?

—Nada. Las burbujas pueden ser producidas por mil motivos; hasta por una bandada de peces perdidos, metidos en aguas del túnel.

—Por favor, Dutton, los peces no son niños desorientados...

—Pues no sé más al respecto.

—Como quiera. Frankie: llama a Ron; que entre. Tú Ron y yo, entraremos en la nave por el portón. Wharton, mientras, que siga atento en el exterior; pudiera ser que intentaran una fuga por ahí. Y como hablar y caminar no son cosas incompatibles, empecemos. Usted, Dutton, abra la marcha. También puede ir hablando. Por ejemplo, se supone que en esa nave se está construyendo algún tipo de embarcación submarina. Y están trabajando con medios tan modernos que incluso efectúan soldaduras bajo el agua, practicando

el vacío. ¿Voy bien?

Dutton no despegó los labios.

Se oía tan sólo la voz de Frankie comunicando por radio con los otros dos agentes del FBI que intervenían en la misión. Todo quedó en claro, Frankie cerró el contacto, y cuando estaban llegando al portón de la nave de calafateado, ya se producía la llegada de Ron Cuyler, quien dirigió una impenetrable mirada a Dutton, para luego dirigirse a Sid.

—¿Les aplastamos ya? —inquirió.

—Vamos a intentarlo, Ron. Primero, como es de suponer, habrá ahí abajo una serie de hombres, trabajando. Pueden ser dos, tres seis... Hay que intentar hacerlos salir con vida. A continuación, una llamada al servicio de Marina, pondrá a nuestra disposición el trabajo que se esté efectuando bajo el agua. Sin grandes esfuerzos de imaginación puede deducirse que se trata de un ingenio marino destinado a... —Miró a Dutton y agregó—: ¿A qué, Dutton? ¿Qué construyen bajo el agua?

Ya estaban ante el doble portón, y Dutton parecía dispuesto a no decir una sola palabra más.

Pura ilusión, por supuesto; además, en aquellos momentos, los hombres del FBI estaban en situación de resolver cualquier problema sin necesidad de las declaraciones de Dutton. Éste lo entendía así, pero seguía callado, sin el menor intento de colaboración.

Por lo demás, Sid, ya en la nave, habiendo encendido las luces fluorescentes empotradas en el techo, inspeccionaba la amplia nave, donde, como camuflaje, a la vista, hundidos sólo hasta la línea de flotación, había un par de yates a medio pintar.

Más adelante del túnel que daba acceso a mar abierto, que resultaba visible, había algo significativo; equipos de botellas de aire, de submarinistas, de reserva. Todo ordenado; había también herramientas, útiles para soldadura submarina, un complejo para practicar el vacío... Todo aquello como simple repuesto. De todos modos, un repuesto que iba a ser necesario pronto para la gente que trabajaba sumergida.

Sid hizo un gesto; indicaba espera.

Una espera que no podía ser muy larga.

—Frankie, que Wharton se ocupe de ponerse de acuerdo con los

Guardacostas. Un par de lanchones pueden vigilar las aguas de salida del túnel.

—Bien.

Frankie comunicó con Wharton y guardaba la radio cuando a la superficie afloraban burbujas muy significativas, por lo que se produjo un rápido movimiento por parte de los hombres del FBI, que se dispusieron a actuar..., en plan de recepción. Sólo una sorpresiva recepción.

En efecto, las burbujas significaban algo; y apareció un hombre, con traje de goma, botella a la espalda, gafas acuáticas... Estaba subiendo por una escalerilla cuyos peldaños estaban sumergidos; apareció ya de medio cuerpo e iba a saltar al cemento, cuando recibió ayuda.

Una ayuda que pudo percibir en el último momento cuando su margen para la reacción era nulo; fue cuando se echó hacia atrás las gafas subacuáticas, vio las figuras, entendió que algo ocurría... Pero, sí, actuó el comité de recepción, y el tipo se encontró agarrado por los dos brazos, izado, colocado en el cemento, en pie, y allí recibió un golpe maestro en la sien izquierda, que le devolvió a las profundidades, esta vez de la inconsciencia. Quedó tendido en el suelo de cemento.

A continuación, con rapidez y sobre sus propias ropas, Sid se estaba colocando un traje de goma negro. Todos los útiles necesarios le fueron acoplados en segundos, con la ayuda de su compañero, bajo la mirada de Dutton, que más bien empezaba a expresar cierto pesimismo, muy justificado...

—Estoy listo —dijo Sid.

—Bajo contigo —gruñó Frankie.

—No creo que sea necesario. Es decir..., no os mováis de aquí por si tardo más de cinco minutos en emerger. Tan sólo quiero ver por mí mismo qué hay bajo el agua, y cuántos hombres. Es decir, formarme una idea de la situación. Con todo ello, iremos tranquilamente a pedirle explicaciones a Zabulón. ¿O. K.?

—Cinco minutos. Contamos ya.

Sid empezó a sumergirse; por las escaleras, claro; mordido el codo de goma que llevaba el aire a sus pulmones, con las gafas, la luz sobre la frente... Entendía que no podrían identificarle, descubrir la suplantación, en tan poco tiempo. Cada operario,

además, abajo, tendría su propia labor...

Sid se encontró ya sumergido; al principio, con cierta desorientación. Luego, percibió siluetas, luces... Empezó a dar un rodeo, esperando identificar de qué se trataba el ingenio en cuestión, si bien todo indicaba que fuese lo que fuese, sería una variante de submarino, más o menos dotado. O quizás un anfibio... Por lo pronto, la forma de la embarcación, según distinguía, no era clásica; más bien cuadrangular como una especie de plataforma...

Contando las luces que veía, llegó hasta cinco.

Por tanto, los hombres que trabajaban en el ingenio eran seis, incluido el que estaba arriba, inconsciente.

No vio más de particular, una plataforma que podía sumergirse, flotar, y rodar... Una vez más habría que felicitar a Zabulón por su genio en cuestión de navegación.

Alguien, entonces, se acercaba a Sid. Alguien que hacía lentos gestos y tendía la mano derecha, como pidiendo algo. Sid comprendió entonces que el tipo había subido para buscar alguna herramienta o útil. Y lo que hizo el hombre del FBI fue avanzar sus dos manos al encuentro de la diestra de aquel hombre, para aferrarle la muñeca, hacerle girar..., todo a cámara lenta. Incluso la acción de arrancarle el tubo e impulsarle hacia la superficie, un cuadro lento, pero exasperante para el tipo sin aire, que emergió rápidamente.

Allí, en la superficie, muy sorprendido, empezó a escupir, a jadear... Apenas tuvo tiempo para más, ya que Sid apareció junto a él y le aferró los cabellos con ambas manos, tirando de él, acercándole a la escalerilla, donde cuatro manos estaban tendidas, esperándole.

El tipo quiso debatirse, aun aturdido por la sorpresa pero fue inútil. Sid, para no complicar las cosas, le puso la mano en la coronilla, empujó, e hizo que la frente del tipo se estrellase contra la pared de cemento del túnel, junto a las escalerillas...

Subieron una especie de fardo desmadejado, que dejaron junto al otro.

Sid subió a su vez; se quitó el tubo y las gafas.

Mirando a Dutton, gruñó:

—He visto una plataforma anfibia, Dutton. Mi impresión es que rueda también. Un ingenio de carretera, submarino y superficie de

mar. ¿Para qué? No intente negar que esto tiene relación con la actividad en Vietnam de los «ex-marines» Dewitt y Hobart Lane..., expertos en minas. ¿Qué pretenden?

Frankie, que parecía un tanto escéptico al respecto, comentó:

—No sé, Sid... Lo de Vietnam parece ser que está agonizando... No veo qué pueden hacer allí.

—No. Nosotros no lo sabemos, pero sí Dutton, estos dos hombres —mostró a los operarios desvanecidos—, y otros cuatro que están abajo, trabajando. Dutton: hágales subir. Debe hacer alguna señal, algún aviso, para que dejen el trabajo. Actúe. Les quiero a todos aquí, en el muelle. Y es mejor que no ofrezcan resistencia... Mejor que las burbujas que se vean en el exterior no sean de sangre. Dé orden de emerger, de abandonar el trabajo.

Dutton parecía mudo; estaba quieto, mirando al vacío, como si hubiese dejado de existir.

Frankie, rabioso, le agarró entonces por los blancos cabellos, le zarandeó.

—¡Obedezca! Vamos, obedezca —masculló—. O usted será el responsable de lo que suceda a esos cuatro hombres que quedan abajo. Hágales subir...

Sin soltarle los cabellos, le partió el labio inferior de un puñetazo. Luego; iba a golpear de nuevo, pero intervino Sid:

—Dutton es capaz de soportar eso, Frankie. Se supone que esos cuatro hombres, uno a uno, al ir agotando el aire de sus botellas, subirán a por el repuesto. Quedaos de vigilancia. Llama a Wharton; que los «marines» entren en acción, que penetren en el túnel, que acordonen la zona. Antes de media hora todo este complejo y el ingenio de Zabulón, estarán en nuestras manos.

—Pero...

—Haz lo que te digo. Ron, no pierdas de vista a éstos —señaló a los operarios desvanecidos—. Usted, Dutton venga conmigo.

Tuvo que empujarle. Ambos, poco después abandonaban aquella nave.

Pasaron al despacho. Con los dos hombres allí, frente a frente, a solas, Dutton intuyó que de pronto, las cosas habían empeorado para él. Con su equipo de goma aún sobre las ropas oscuras, brillante por el agua que resbalaba, Sid tenía una apariencia intranquilizadora.

—Siéntese, Dutton —dijo—. Puesto que hasta medianoche queda tiempo más que suficiente, quisiera tener con usted una conversación. No una cháchara sin sentido, sino una auténtica conversación inteligente. Para ello, usted debe comprender que su situación es pésima. Va a ser acusado de traición, probablemente, dado que ese ingenio que se ésta construyendo no es para la Feria del Juguete, aparte de que el reclutamiento de «ex marines» especialistas en mina, como todo reclutamiento no autorizado, transgrede una Ley Federal. Sentado esto, usted puede paliar su condena, hablando.

Dutton, sentado, dolorido en varios puntos, trató de poner sus ideas en orden.

—En definitiva, usted quiere arrancarme la confesión... —musitó.

—Es exacto. Recurriendo a la palabra.

—Bien... Parece que mis probabilidades de fuga son escasas...

—Nulas —cortó Sid—. Piénselo bien, Dutton: nulas.

—Sí... Es curioso..., estamos capacitados para resistir la tortura, hasta el límite humano, claro está; estamos preparados para toda clase de luchas y..., al llegar el momento, el desmoronamiento es inevitable... Parece inútil que yo calle, ¿verdad?

—Es inútil.

—Es la peor derrota: la psicológica... Todo está perdido para Zabulón.

—En efecto.

—Lo siento... Zabulón es un hombre con gran personalidad, generoso con los amigos, e implacable con los enemigos... Usted, claro, ignora que Zabulón es amigo personal de Mao Tsé-Tung...

—Excelente recomendación, pero no en este país —gruñó Sid.

—Se comprende... Duele traicionarle... Sin embargo, por más que busco una salida para Zabulón, no la encuentro; está en la red... Ha caído... Ésa es la conclusión.

—Celebro que lo comprenda. Ahora, Dutton, vayamos al grano. El FBI necesita conocer punto por punto todo el proyecto de ustedes, que implica la inclusión de especialistas en minas y la construcción de una ingeniosa plataforma...

—Será otra cosa al terminar el trabajo; las planchas están listas y

sólo falta acoplarlas. En realidad, el ingenio estará terminado dentro de una semana, que era el plazo fijado para iniciar la operación... Teníamos ya a dos hombres muy interesantes..., me refiero a Dewitt y Lane pero..., ha fallado. Este primer fracaso, como es lógico, nos demoraba bastante.

—Incluso tenían que ir a Nueva York para reclutar gente.

—Sí..., así es...

—¿Les bastaban dos «ex-marines»?

—Con las características de Dewitt y Lane, sí.

—¿Tan poco personal? Permítame dudarlo.

—Ellos hubieran sido el cerebro, el conocimiento. A su disposición, en el punto de destino, habrían tenido brazos más que suficientes. Digamos que la técnica, bien conocida por ambos, era su aportación; los brazos, repito, estarían a su disposición una vez en el punto clave.

—¿Ellos hubiesen viajado en esa plataforma anfibia?

—¿Por qué no?

—Claro..., ¿por qué no? Siga, Dutton. Vayamos a la operación. ¿Cuáles eran sus propósitos? Tengo que advertirle que sabemos muy bien que Dewitt y Lane fueron minadores. Ellos fueron de los que situaron minas para bloquear los puertos más importantes de Vietnam del Norte. Se desprende de ello que ustedes querían aprovechar sus conocimientos en ese sentido.

Dutton, con lentos movimientos de cabeza, afirmaba:

—Sí... —musitó.

—Le escucho, entonces. Sea breve, Dutton.

Dutton inclinó la cabeza.

Blanca cabeza. ¿Quién ha dicho que siempre hay nobleza en el cabello blanco?

CAPÍTULO IX

La mirada de Astrid se posó en su relojito de pulsera.

—Faltan diez minutos para medianoche y nada ocurre. Zabulón —dijo—. Es mejor que nos relajemos, entonces.

—Me alegro de haber pecado por exceso de suspicacia, de todos modos. Peor hubiera sido por defecto, ¿no crees, Astrid?

—Sin duda. Conclusión: ese Ranger es un hombre afortunado en lo concerniente a sus cuentas corrientes y nada más. Hay que celebrarlo, ya que hubiera sido una catástrofe que fuese del FBI.

—¿Quieres beber algo, Astrid? ¿*Champagne*, por ejemplo? —inquirió Zabulón.

Ella sonrió.

—No, no... —dijo—. Lo de celebrarlo es alegórico. Yo lo celebro mentalmente. Lo que quisiera ahora es retirarme; mi vuelo es a primera hora de la mañana y me gusta ir despejada por el mundo. Daré una vuelta por el jardín, para distenderme de modo total y a la cama.

—Como quieras... Franks y yo seguiremos aquí, en espera de Dutton; llamará, o vendrá.

Astrid se puso en pie.

Esbelta, grácil, hermosa, joven... Vestía una faldita a cuadros, muy corta y un liviano jersey, muy pegado a las formas del busto. Ni Zabulón ni Franks parecían reparar en aquella escultura con el soplo de la Vida. Para ellos, tal vez Astrid era sólo un elemento de considerable eficacia en una célula que funcionaba libre del sexo. Tal vez... Por lo pronto, ni la miraron cuando ella salía. Zabulón sí optó por celebrarlo con *Champagne*, idea que secundaba Franks, allí, en el espacioso salón, apoltronados en sendos sillones, fumando; cómodos, tranquilos.

Astrid salió al jardín.

Pensaba en aquel viaje... Ciertamente que se desenvolvería allí mucho mejor; era un terreno más áspero, Pero más conocido por ella. Sin embargo..., sí; dolía abandonar aquel jardín, aquella vista nocturna del mar, aquella luna diferente, que parecía arrojar luz de sangre...

Echó a andar. Por las noches, las flores olían mejor, el aire era más fresco. Diamond Head se ofrecía con una perspectiva llena de encanto, frente a la villa.

Instantes más tarde, Astrid se detenía; alertada, tensa.

Su cuerpo como un muelle, vibró, pareció alargarse...

Oyó algo, rumores, pasos... Pasos, sí... Muy torpes y en absoluto disimulados... Miró, fue un giro vertiginoso en suyo, Los ojos verdes claros fríos, atentos, escrutadores. Luego, empezó a pestañear. Su cerebro vacilaba entre el desconcierto, la sorpresa, el recelo, incluso un miedo inevitable. No esperaba aquella visita allí.

—Señor Ranger... —susurró.

—Chissst...

—Pero...

—¡Hip! No hables... Cariño, deja lo de «señor Ranger»... Soy Doug... Por eso he venido... ¡hip! ¿Sabes...? —rió tontamente, con brevedad—. Les he hecho una jugarreta... Les he abandonado... Tenía la idea fija de tu imagen, de tu boca, de tus ojos... ¡Hip!

—Está bebido, señor Ranger —dijo ella, seca, altiva.

—Bueno, un poco... Esa fiesta, ¿comprendes? Pero allí les he dejado, buscándome... En plena juerga, yo, ¡zas! A buscar al bombón que no puedo apartar de mis sesos... Nena, no me rehúyas...

—Si quiere un amistoso consejo, señor Ranger, se lo daré con gusto: vuelva a su juerga, con sus amigos.

—¡Que se vayan al diablo! ¡Hip! Nena; estamos solos en este maravilloso cuadro...

—No tan solos. Hay personas en la casa.

—¿De veras? Pero no nos ven...

—Señor Ranger...

—Dime: ¿ese cerdo de Zabulón te ha tocado? He traído un guante para... ¡hip!, arrojárselo... Ya sabes, un duelo... A espada...

—Está usted repugnantemente borracho.

—No, no... ¡De veras! Agnes, muñequita, un beso... Un solo

beso.

Astrid había ido retrocediendo, mientras que el hombre del FBI avanzaba. Llegó el momento en que la espalda de Astrid tocaba el muro de piedra, con verja de hierro encima, de la villa, en un lateral de la misma. Astrid, al notar la pared a su espalda, quedó quieta, mirando intensamente a Sid.

—Si me toca, señor Ranger, le mato —masculló—. ¡Cerdo!

—Trep.

Astrid pestañeó.

—¿Cómo... dice?

—Trep. Te están esperando arriba.

Se notaba la palidez que se iba extendiendo por el rostro de la bella Astrid. Alzó, de pronto, la mirada, hacia la verja del muro. Sí, en efecto, la esperaban. Veía un rostro, veía un arma... No. Dos rostros... Dos pistolas automáticas, dos pares de ojos muy fijos en ella.

—Arriba, Astrid —dijo Sid—. ¡Arriba!

Ella quiso actuar. Su daga; pegada al muslo derecho, a aquella piel fina, de soberbia esbeltez, de tersura juvenil... La visión del muslo completo de Astrid no causó el menor efecto en Sid, quien apenas tuvo que dar un paso y agarrar la diestra de Astrid, cuando ésta tocaba ya la daga, que le fue arrebatada de un tirón por Sid. Luego, la hizo girar bruscamente, empujándola de cara contra el muro.

—Te están esperando —gruñó el hombre del FBI.

—El FBI, claro... —susurró Astrid.

—Sí.

Una amarga sonrisa afeó el rostro de Astrid en aquel momento.

—Confieso que me engañó, Ranger... —musitó.

—Usted lo consiguió en la *suite* de Paske.

—Sopesando los hechos, lo mío sólo fue una pequeña victoria parcial. Bien...

Fingía bien estar derrotada. No obstante, intentó sorprender a Sid. Y si no disparaban, sí vacilaban un segundo en disparar, ella estaría fuera del alcance de aquellas dos pistolas que miraban. Sin embargo, Astrid, de pronto, se sintió aplastada contra la pared; su cara rozó el muro, empezó a sangrar... Recordó un golpe en la frente...

Ya no se enteró cuando Sid, agarrándola por la cintura, la izaba, para que Frankie y Ron la agarrasen, haciéndola pasar al otro lado de la verja. Sid dijo:

—A un coche. Esposadla; que se la vigile con atención. Es astuta.

—Descuida. ¿Y luego?

—Entrad. Si podemos atraparles con vida, tanto mejor. Que nadie diga luego que los agentes del FBI son unos sanguinarios... — Y Sid esbozó una dura mueca.

Justo medianoche en el reloj de Sid. Y justo entonces, sonaba el teléfono. Había varias conexiones, supletorios, en la magnífica villa, es natural; la comodidad, el lujo es cuestión de detalles, matices...

Y se oían pisadas acercándose al gran *hall*, donde estaba el supletorio que empleaba el criado, Homer. Y éste, en efecto, apareció, acercándose al aparato. Lo tomó.

—¿Sí?

—Homer, soy Dutton.

—Le pongo con...

—No es necesario. Dile que no hay novedad y que regreso.

—Bien, Dutton.

—Es todo.

Oculto tras un acuario de peces de alegres colores, en una zona de menor luminosidad, Sid sonreía, viendo alejarse a Homer hacia el despacho. Homer, tranquilo, circunspecto, fue hacia el salón, llamó a la puerta y abrió. Anunció:

—Era Dutton. Todo bien. Regresa.

—De acuerdo, Homer.

Fue todo lo que se habló allí. Homer cerró la puerta, giró y dio unos pasos. Sólo tres pasos, luego, una mordaza, constituida por cinco férreos dedos, caía sobre él. Mientras que la zurda de Sid le amordazaba, casi ahogándole, la diestra del federal actuaba, golpeando. Fueron dos secos puñetazos en la espalda, primero, privando de aliento a Homer. Luego, le hizo girar.

Vio tal angustia en la mirada de Homer, que llegó a sentir una pizca de piedad. Sin embargo, asestó el tercer y definitivo golpe, en la frente; le asestó el golpe con el cañón de la automática. Y le dejó caer blandamente, con la frente despellejada, con un bulto ya apreciable...

Lo arrastró un poco hacia el interior. Abrió la puerta de la

primera dependencia que vio y se introdujo con Homer en ella. Resultó ser el dormitorio del propio Homer, según se desprendía por aquella cama, la mesita de noche, un pequeño sinfonier... Todo ello, perfilado por la claridad del ambiente exterior; luz de luna.

En cuestión de segundos, Sid convirtió a Homer en un inutilizado fardo. Trenzó dos sabanas y le rodeó todo el cuerpo, para luego amordazarle. Y salió de allí.

Se acercó a la puerta del salón.

—Y no hace falta que esperes, Franks. Vete a dormir... —Era la voz de Chilcott.

—Sí, será mejor. Por cierto, Zabulón, ¿has pensado sustituir a Paske y Herrón? —inquirió Franks.

—Lo haré, con las debidas precauciones y garantías y a su debido tiempo. Para esta operación, aquí no es necesaria gente. Por otra parte, en caso de baja, desde Pekín suelen sugerir candidatos. Ellos, aunque resulte sorprendente, tienen unos ficheros muy completos sobre cierta clase de gente... Como digo, no pienso de momento en sustituciones ni en ampliar el grupo, Franks.

—Quedarás solo cuando partamos Dutton y yo.

—Eso no importa.

Franks se puso en pie.

Miró la botella de *champagne*, que aún estaba en el cubo, con hielo y sólo mediada. Pareció resistir la tentación de beber más, observado con una sonrisa por Zabulón, que dijo:

—La moderación es siempre sabia, Franks...

—Sí. Hasta mañana.

Franks se dirigió hacia la salida del salón.

Zabulón Chilcott se sumió en sus pensamientos.

Franks, confiado, también absorbió en sus pensamientos, en su próximo trabajo, apareció en el *hall*, al fondo, donde estaba el salón principal de la villa. En realidad, Franks vio a Sid Kiwanis; le vio, pero, por un segundo, no le relacionó con el sentido del peligro; por un segundo, la mente de Franks quedó en blanco, a causa de la sorpresa.

La figura vestida de oscuro avanzó hacia él un paso; el único paso necesario.

Antes de que Franks consiguiera ponerse en guardia, recibió un tremendo puñetazo en el estómago, que le dejó inclinado, sudando

de pronto, sin vestigios de color en el rostro, no, al menos, del color de la gente viva.

Luego, el hombre del FBI alargó la diestra, para agarrarle por los cabellos y tirar de él.

Fue cuando Franks realizó su intento, venciendo el dolor, la angustia; su cerebro, en un destello, le informó de que la muerte era mucho peor que lo que estaba sufriendo en aquellos momentos. Por tanto, separó las manos del estómago, donde las había llevado al recibir el golpe y asió la diestra de Sid, sorprendiéndole y volteándole.

Franks, al ver a Sid en el suelo, le miró un instante, con fugacidad, con quisiera oír el crujido de su codo.

Franks, al ver a Sid en el suelo, le miró un instante, con fugacidad, con odio... Y sólo tenía que alargar la diestra para tomar una tremenda espada situada en una panoplia en un escudo de armas, mera decoración. No obstante, aquella espada, aquel acero, podía matar...

Soltó el mandoble, pero Sid rodó; y con los pies al mismo tiempo trabó las piernas de Franks quien antes de repetir el golpe se encontró de bruces, inmovilizadas las piernas, la espada fuera de su alcance...

Quiso recurrir a la pistola que enfundaba en el costado izquierdo.

Sid actuó con rapidez, entonces. La espada, en su mano, no falló el golpe; la dejó caer sobre el cráneo de Franks..., y casi sintió náuseas al ver aparecer sangre y masa encefálica... Pestañeó, soltó la espada, se enjugó el sudor de la frente...

Se habían oído rumores, claro...

Se deslizó hacia la puerta cuando ésta se abría y hacía su aparición la imponente y elegante, humanidad de Zabulón.

Éste, un poco desorientado al principio, acabó por fijar la mirada, siempre oculta bajo las gafas oscuras, en el cadáver de Franks. Y antes de poder pensar, oyó la voz:

—Camine, señor Chilcott. Será interesante una entrevista en su despacho. Para que vaya haciéndose una composición de lugar, le diré que está solo en la villa. Astrid se encuentra en manos del FBI, Homer inmovilizado y ya ve a Franks. Tampoco debe esperar a Dutton, que en estos momentos se encuentra en la Delegación del

FBI, dando toda clase de pormenores sobre su organización prochina. Si ha comprendido la situación, camine.

Chilcott era un hombre de ideas rápidas, sin duda.

Por tanto, sí había captado la situación.

Allí, a sus espaldas, estaba Ranger que, en definitiva, resultó ser lo temido, lo recelado; agente del FBI.

Chilcott, mudo, sin la menor protesta, sin un aspaviento, sin que se estremeciera su cuerpo, echó a andar hacia el despacho.

E instantes más tarde, los dos hombres penetraban en la estancia.

—Siéntese, Chilcott —dijo Sid, ya con todas las luces encendidas.

Chilcott, tranquilo, fue hacia su escritorio, hacia su sillón.

Se sentó; puso las manos sobre la mesa, y cruzó los dedos.

Por su parte, Sid se había dirigido hacia el cuadro paisajístico, lo recorrió y dejó visible el gran y exacto mapa del litoral de Vietnam del Norte, con todas sus señalizaciones y luces automáticas. Con el mapa a la vista, el hombre del FBI se acercó a Chilcott, que permanecía impasible.

—Ya ha adivinado que Dutton ha explicado su plan, ¿no es así, Chilcott?

—Salta a la vista, señor...

—Kiwanis.

—Lamento que no sea un auténtico millonario. Tiene madera.

—Agradezco su opinión, pero dejemos eso al margen.

Chilcott miró el mapa. Hizo un gesto de impotencia, separando las manos.

—Si Dutton ha hablado, poco queda por explicar —dijo—. Esto supone el hundimiento de mi organización, que durante varios años ha trabajado bajo consignas de Pekín..., lo cual usted ya ha averiguado. Quiero que sepa, sin embargo, que usted acaba de desbaratar la operación más importante que iba a realizar mi grupo... ¿Puedo fumar?

—Es un derecho humano, Chilcott.

—Gracias...

Allí estaba la caja de tabaco; los puros. Sid estaba atento a cualquier movimiento de las manos de Chilcott y vio que éste sólo tocaba los puros, para seleccionar uno. Se produjo un levísimo

siseo; algo tan suave que Sid apenas le prestó atención. Algo que ocurría por partida doble, algo extraño.

A su espalda, Sid, un instante más tarde, veía un telón de acero. La puerta de acceso al despacho acababa de ser bloqueada por una plancha de acero, bastante gruesa. Y lo mismo había ocurrido con la ventana, sólo que las cortina: ocultaban las planchas que cegaban cualquier entrada o salida por los marcos.

Sid, entornados los ojos, acabó de captarlo todo y luego, con torcida sonrisa, miró a Chilcott.

—¿Cree que mejora su situación estando aquí, ambos aislados?

—No es que mejore, Kiwanis, no es eso. Se trata de que he dado a la situación el giro imprescindible para que haya variado en mi beneficio. ¿Ve? Este simple cigarro es el control automático de las planchas de acero. Harían falta cañones para derribarlas... —Mostraba el cigarro-control—. Por lo demás, tengo que decirle que, por si usted no lo sospechaba, tengo mis salidas preparadas desde aquí mismo. Este despacho no es tan inofensivo como parece, el mismo cigarro, a su debido tiempo, y en el lateral que tiene a su derecha, me abrirá la puerta de la libertad personal. Hay una abertura, un pasillo, o sótano y aparecerá una gruta de la estribación de Diamond Head que nos da la cara. Allí tengo lo necesario para sobrevivir, desaparecer, esfumarme.

Sid miraba con mucha fijeza a aquel hombre.

A su pesar, sintió un ligero miedo, ante la seguridad de Chilcott tenía en sí mismo, en sus medios...

Zumbaba la radio de bolsillo que llevaba, y le extrajo respondiendo a la llamada.

—¿Sí? —inquirió.

—¿Qué demonios pasa, Sid? No podemos entrar en el despacho. Toda la casa es nuestra. Tenemos al criado y hemos visto al muerto, pero de Chilcott y tú no...

—Estamos en el despacho, bloqueado por gruesas planchas de acero Frankie. No tenéis la menor posibilidad de entrar..., ni yo de salir, por ahora. No obstante, vosotros dos permaneced aquí. Y otra cosa muy importante; estableced un denso cordón de vigilancia en la estribación de Diamond Head que está de cara a esta villa. Chilcott tiene una salida por allí, utilízadle, según dice, por un sótano de la villa. Haced lo que os digo. Corto.

Dejó la radio sobre el escritorio de Chilcott, que sonreía.

Sid musitó:

—¿Ni siquiera le importa esa vigilancia en Diamond Head?

—La gruta está muy bien disimulada.

—Ya... ¿Piensa morir de viejo en ella, entonces?

—No tanto.

—Dígame, Chilcott: ¿dónde se encuentra, en Vietnam, el núcleo de gente que hubiese auxiliado a Dewitt y a Lane?

—En Hanói, naturalmente.

—¿No en Saigón?

—En Saigón no tengo amigos, es decir..., una pequeña red de espionaje, pero no de absoluta confianza. Esta operación requería personal de probada fidelidad a las ideas que nos animan; a esas abstracciones que llamamos ideas y que a mí me separan de Estados Unidos, para acercarme a Pekín. Y no creo que usted sepa mejor que yo por la razón de que con usted ocurra en sentido contrario.

—Usted es un hombre interesante, Chilcott. No olvidemos algo; ese mapa proviene del Pentágono. Hábleme de eso.

CAPÍTULO X

—Hay cosas que prefiero silenciar. —Fue la respuesta de Chilcott, tras una vacilación.

—Lo averiguaremos.

—Es posible. Pero el tiempo corre en contra de ustedes, Kiwanis. Pienso, incluso, que la operación aún podría llevarse a cabo...

—Ni lo sueñe. Hubiera podido ser, Chilcott, pero ya no. Lo peor es que todo ha sido idea suya... Posee un temible cerebro, lo demuestra en todo y por todo, incluyendo la trampa que me colocó en la nave de calafateado y ahora aquí, en su despacho. Pero sepa algo: las minas que están bloqueando los puertos de Vietnam del Norte no serán tocadas por nadie..., a excepción, claro está de la Unidad Especial creada por el Pentágono para dragar esos puertos y retirar las minas. Esa Unidad está dispuesta ya...

—Lo sé bien. Y ésa era mi idea: un sabotaje increíble.

Sid se humedeció los labios.

Chilcott esbozó una sonrisa, y agregó:

—Veo que comprende su alcance, que se da cuenta, Kiwanis. Usted también es inteligente... En efecto, sabemos que el buque anfibio «Inchon'n» ha salido ya de la base de Norfolk, Virginia, hacia el Pacífico. En cuanto al buque de asalto «Okinawa» que ya se encuentra en el Pacífico tiene órdenes de dirigirse a aguas de Vietnam. Los helicópteros de la Unidad Especial cuentan con esos buques para sus maniobras; además, se preparan los dragaminas especiales de la VII Flota, en el Pacífico. Con todo ello, quiero decir que se realiza un gran despliegue de fuerza, de material, muy valioso, para dragar esas aguas bloqueadas ahora por las minas. Mi plan, ya lo sabe, consistía en destruir el «Inchon'n», el «Okinawa», los helicópteros, los dragaminas especiales de la VII Flota... Una

destrucción total; un sabotaje como nunca se habría producido en la historia... Y todo ello, con minas de factura estadounidense, hoy en aguas territoriales vietnamitas.

—Conozco esas minas... —murmuró Sid—. Minas de «fondo», minas «baliza». Minas que, resumiendo, pueden ser selectivas. Minas que estallan tan sólo al ser sometidas a determinadas presiones... Digamos, como ejemplo, que las minas de fondo no se activan si por encima de ellas cruza pasa, una embarcación ligera; un sampán, pongamos por caso, o una lancha pesquera... En cambio, si se desplaza por encima de ellas un barco pesado, la presión hace que la mina explote, sin remisión... Ésas son las minas de fondo Las de baliza, en aguas menos profundas, flotan a distintos niveles. Imposible pasar el bloqueo...

—Dutton ha sido muy explícito, veo... No todo el mundo conoce las características de las minas colocadas en esos puertos...

Sid se permitió una sonrisa.

—No todo el mundo, en efecto —asintió—, pero sí los rusos, por ejemplo... Los rusos, conociendo el peligro, ni siquiera se han atrevido a retirarlas, a tocarlas. Habría que emplear grandes medios, como va a hacer Estados Unidos. Sin que usted pueda impedirlo, Chilcott.

—Tal vez no... He soñado con eso... He visto despedazarse el buque anfibio «Inchon'n»... He visto tremendas vías de agua en el «Okinawa»... He visto..., siempre en sueños —sonrió con desgana—, restos de helicópteros...

—¿Usted cree que Dewitt y Lane, como técnicos se bastaban?

—Sí. Conocían el emplazamiento de las minas, o de parte de ellas. Y sólo había que cambiarlas de posición.

—Ya... Y la plataforma rodante y anfibia que usted construía hubiese sido la base.

—En efecto. Recuperación de minas primero y su siembra después cambiando los mecanismos, al paso de los buques especiales destinados por el Pentágono. Dewitt y Lane, con las minas recuperadas, hubiesen cambiado los mecanismos de presión por los de tiempo, por ejemplo... Y al paso de esos grandes buques...

—Se habría creído en errores de los comandantes de esas Unidades y no en sabotaje —dijo Sid.

—En efecto. Todo se habría achacado a errores propios. Y todo habría volado con minas estadounidenses. Imagino: pérdida de millones, de buques importantes, de vidas... Hágase una idea de lo que supondría todo eso en la opinión pública de Estados Unidos..., y del mundo entero... ¿No le parece un golpe formidable para su país?

—Para el nuestro, Chilcott.

—Ah..., sí, es cierto...

—¿Dewitt y Lane aceptaron eso? —inquirió Sid.

—No lo sabían.

—Quiero tener la seguridad de que Dewitt no lo sabía.

—¿No le basta mi palabra, Kiwanis? Además, es simple lógica. La operación a realizar les hubiera sido explicada ya sobre el terreno y sin posibilidad de volverse atrás. Como usted comprenderá, esos hombres jamás hubiesen vuelto a Estados Unidos. Estaban sentenciados a muerte. Pero necesitamos expertos que sepan dónde están las minas...

—No hable como si aún pudiera realizarse.

—Como quiera... Era un proyecto tan perfecto... ¿Ve el mapa? Puntos luminosos de diferentes colores emplazamientos de minas, sus características, puertos más importantes... Y la ruta de las Unidades Especiales dragaminas... Todo ese trozo de mar hubiera sido el infierno para los grandes barcos americanos...

—¿Quién, del Pentágono, les proporcionó el mapa?

—No voy a decirlo.

—Con ese mapa en el Pentágono, en la sección correspondiente, se sabrá.

—Ya lo sé... Pero eso no puedo evitarlo. Y ya nos hemos entretenido en exceso, Kiwanis. Tengo que irme. Lamentable, pero cierto; me despido del proyecto..., y de usted. Hasta nunca, Kiwanis.

El hombre del FBI parecía no comprender. Fugazmente pensó que en realidad todo se reducía a que Chilcott disponía de algún medio de suicidio, pero... no. No era eso. Chilcott jamás había pensado en tal circunstancia. Chilcott ni más ni menos, pensaba matar.

Y era su mirada.

De ahí la fulminante reacción de Sid. De ahí su salto, su

desplazamiento rapidísimo, que impidió que su cuerpo fuese atravesado por la fina, vivísima y mortífera luz, que se desprendió, de la pupila izquierda de Chilcott, a través del oscuro cristal de sus gafas oscuras.

Chilcott, de nuevo, lanzó el potente Láser.

Otro fallo, ya que Sid, impulsado por el miedo, por el deseo de sobrevivir, se había desplazado otra vez, al mismo tiempo que interponía un obstáculo, una silla, que fue atravesada por la línea de luz mortal...

Sid, para entonces, ya tenía la pistola en la mano.

Chilcott, apoyado en el escritorio, sólo tenía que buscarle con la mirada...

Y Sid tenía que afinar la puntería...

Había de ser el mejor disparo de su vida.

Apretó el gatillo; hasta cinco veces...

Fue un destroz total, completo.

Las cinco balas apenas ocuparon una zona equivalente a la cuenca del ojo izquierdo de Chilcott, que había muerto, de modo fulminante, y estaba caído con medio cuerpo, su descomunal cuerpo, sobre el escritorio, aplastándolo todo con su peso.

Sudoroso, caliente la automática en su mano, el hombre del FBI se acercó al cadáver.

Para retirarlo, tuvo que emplear ambas manos y realizar un esfuerzo notable. Hasta que Chilcott resbaló al suelo, donde quedó de cara al cielo; las gafas negras, destrozadas, con esquirlas de cristal en la cuenca izquierda y muy abierto el ojo derecho, ofrecía un espeluznante aspecto.

Los expertos determinarían que Chilcott, en la cuenca vacía de su ojo izquierdo había instalado un ingenio miniaturizado de láser. Electrodo en las terminales nerviosas... Sid intuía algo de eso, pero sólo los técnicos dictaminarían exactamente al respecto.

Un ojo muy abierto, el otro..., el objetivo de láser reventado, incrustado en la masa encefálica...

El hombre del FBI dejó de mirar el cadáver. Bien, era cuestión de tomar aquel cigarro puro, manipular y abrir aquellas puertas de acero, deslizar aquellas planchas... Sid, de pronto, palideció. Tenía el cigarro en la mano, pero destrozado.

Había sido aplastado, por lo menos en parte, por el corpachón

de Zabulón Chilcott.

De todos modos, Sid intentó manipular. Maldita suerte...

La radio, le llamaban por radio...

Pensó hacer caso omiso, pero optó por serenarse, dejar el control camuflado en el casi aplastado cigarro puro y responder.

—¡Sid! —Oyó el grito de Frankie—. ¿Qué demonios pasa?

—He tenido que matarle... Era un hombre peligroso, muy peligroso, Frankie... Llevaba camuflado un láser en su ojo izquierdo, vaciado...

—Vaya. ¿Pero abres o no?

—Eso quisiera yo —gruñó Sid—. Llamaré dentro de dos minutos. Corto.

Manipulaba cuidadosamente con el aplastado cigarro.

No veía la solución, las planchas estaban quietas herméticas, ante sus ojos.

Habría que demoler aquello; esperar allí una brigada destructiva. Maldita suerte...

Pero el cigarro, de pronto, parecía girar, parecía admitir un mecanismo. Sí, en efecto; giraba con mucha suavidad. Giró totalmente, pero el hombre del FBI aun tardó unos segundos en captar el efecto producido por aquel giro. Miró hacia el tabique de su derecha. En efecto; estaba al descubierto la trampa. Allí estaba la abertura que permitía el paso a un corredor... Y el corredor, a la gruta, según Chilcott. Y en la gruta o en Diamond Head, esperando docenas de policías y alguno podía ponerse nervioso...

Recurrió a la radio.

—Sí, soy Frankie. ¿Qué?

Por fin, Sid se sintió capaz de esbozar una sonrisa.

—Bueno, creo que voy a poder salir de aquí, pero mucha atención. Da instrucciones a la gente de que se retiren de Diamond Head. Por lo menos que a nadie se le ocurra disparar una sola vez, porque podría darme a mí... ¿Comprendido? Es mi única salida, la gruta. Una vez esté en el exterior, os daré alguna señal para que me localicéis. ¿O. K.?

—Perfecto. Ahora mismo doy la orden de que desaparezcan de allí los nerviosos que podrían confundirte.

—Eso es, Frankie. Y cuando yo salga, aprovechando el mismo camino, Ron y Wharton lo efectuarán a la inversa, con más gente,

para retirar todo lo que hay en el despacho de Chilcott, incluido el cadáver de éste, y el mapa que... Bueno, ya sabes; concretaré luego instrucciones. Pero a uno del Pentágono que ya averiguaremos quién es, le van a salir las canas a miles antes de cuarenta y ocho horas. Corto.

Guardó la radio, empuñó la pistola y se encaminó en el pasillo.

Esperaba que no hubiese trampas ni riesgo alguno; por lo demás, el paseo no era muy apetecible, por el angosto y húmedo pasillo...

Era cuestión de hacer unas señales con la pequeña linterna que llevaba en el bolsillo.

Listo; unos destellos. Con eso era suficiente.

Y entonces, Sid Kiwanis empezó a respirar a pleno pulmón. Era curioso; jamás le había agradado tanto aquella vista de Diamond Head y el mar al fondo, incluso estirando el cuello podían verse los pisos más altos de los grandes, monstruosos hoteles de Waikiki.

Una maravilla.

Se sentó sobre una roca; una espera corta, muy corta.

Eran Frankie y Ron quienes llegaban a la carrera. Los dos jadeantes, sudorosos, pistola en mano...

—¿Cómo estás, Sid?

—¿Qué pasó? ¿Te ha...?

—Tranquilos, tranquilos... —rió Sid—. Quiero pedirlos un gran favor...

—Pues pide por esa boquita, precioso —rió también Frankie.

—Un cigarrillo.

—Vaya, no es mucho...

Frankie le dio el cigarrillo y Ron encendió.

Gran placer...

Le dejaron fumar unos instantes. Luego, Frankie inquirió:

—¿Qué hay ahí dentro, Sid?

—Un largo, angosto y húmedo corredor, que desemboca en un lugar agradable, donde hay arsenal, dinero, ropas, víveres, camuflajes diversos, pasaportes falsos, documentaciones Ídem... Muchachos, os aseguro que Chilcott era alguien en espionaje.

Se oyó el silbido de asombro de Ron.

—Pues lo que tenía en la nave de calafateado no era cualquier cosa, Sid. Unas estructuras de montaje subacuáticas fantásticas. Los «marines» están todavía con la boca abierta...

Frankie se rascaba al cogote.

—Vaya con el tipo... —Gruñó—. Es fin, pasa a la lista de enemigos descubiertos; que es lo mismo que decir eliminados... Nadie le mandó meterse en un sabotaje imposible...

Pensativo, Sid arqueaba las cejas.

—Sabotaje imposible —gruñó—. No sé, Frankie. De veras, no sé.

—¿Qué quieres decir?

—Recuerdo unas palabras de Paske... Paske sabía lo que decía, no lo dudes. Afirmó ante Astrid que de haber trabado el contacto con Dewitt y Lane por medio de hombres en lugar de mujeres, las cosas habrían ocurrido de muy distinta forma. Estoy por dar la razón a Paske, aunque no podrá agradecérmelo... Muchacho; de no ser por los celos asesinos de Jane Dewitt, no nos habríamos enterado de nada... Y lo dicho por Paske, de haber sido éste quien se relacionara con Dewitt, Jane no hubiese sentido celos, es obvio.

—Vivan los celos femeninos, entonces —sonrió Frankie—. Como sea, Sid, ha quedado en un sabotaje imposible.

—Sí...

—¿Entramos ahí, o...?

—Luego. Y otros. ¿O no creéis que hayamos trabajado bastante? En la salida de la gruta deben meter las narices nuestros expertos en falsificaciones, camuflajes, etcétera. Además, un cartógrafo del Pentágono que viajará en secreto y nos dirá, a la vista del mapa mural de Chilcott quién es el traidor allá. ¿O. K.?

—A ése me le tiraría yo al cuello... —Casi ladró Ron.

Sid pareció recordar algo.

Dijo:

—Hablando de tirar al cuello, he recordado a nuestra preciosa Astrid. ¿Qué hay con ella?

—La hemos enjaulado en un auto; está bien vigilada.

—Perfecto. ¿Vamos?

Los tres hombres se dirigieron hacia el auto que había conducido a Frankie y a Ron hasta allí. Conducía Ron. Sid seguía fumando, despacio, con placer... De vez en cuando, en su cerebro parecía estallar algo, con aterradora potencia... Y veía al anfibio «Inchon'n» hundiéndose, con trozos de helicóptero por el aire y gente destrozada y...

Sacudió la cabeza.

Ya era imposible.

Minutos más tarde, llegaban al recinto de la quinta de Chilcott. Ya habían sacado de allí a Homer, que parecía no entender. Su confianza en Chilcott había sido excesiva y allá iba, esposado, entre policías...

—¿Quieres ver al bombón, Sid? —inquirió Frankie.

Fueron.

A ella, tirada en los asientos traseros, esposada, manos a la espalda, le refulgían los ojos. Cuando vio a Sid, apretó los labios. Sid, lentamente, recorrió con la mirada aquel cuerpo; fantástico... En verdad fabuloso, fuera de serie..., pero era una lástima que hubiese sido suprimida la pena de muerte en todo el territorio nacional; sí, una pena. Un cuerpo de fuego y un cerebro de hielo... Aquélla era Astrid.

—Yo no cometí ningún error —dijo, de pronto Astrid—. ¡Ninguno!

Sid iba a responder, pero le llamaban por radio.

Tomó el aparato, respondió:

—¿Qué hay?

—Al habla el inspector Hibbson. Trata de adivinar quién se ha presentado voluntariamente en la Delegación...

—Dewitt —dijo, sin vacilar Sid.

—Ca... ramba... Pues sí...

—Lo celebro por él, señor. Ese muchacho, en definitiva, ni siquiera sabía qué querían de él. Mucho menos sabía que tan pronto hubiese terminado el trabajo habría sido ejecutado como pago a sus servicios.

—Se lo haré saber.

—Dentro de unos minutos estaremos ahí, señor. Por aquí, todo en orden. Nada se ha salvado... Ni nadie.

—Te espero. Corto.

Sid guardó la radio.

Miró a Astrid y ésta, como si fuese una obsesa, repitió:

—¡Yo no cometí ningún error!

Sid esbozó una sonrisa, en la que se notaba un poco de cansancio y murmuró:

—Uno, Astrid.

—¿Cuál?

—Después te contestaré.

Media hora después estaban en la Delegación.

Sid bajó a los calabozos para hablar con Astrid. Prometió darle una explicación y se la daría. ¡Claro que sí!

Al verle entrar, Astrid se encogió.

—Tú, experta espía, te dejaste seguir por Dewitt desde la cabaña de Lane. Lo demás... Astrid pestañeo.

—Yo... estaba aturdida... Lane casi, me estrangula.

—Así fue mejor. Que no llegara a hacerlo. Dio oportunidad a Dewitt para seguirte. Pero vamos a finalizar esta conversación, Astrid. En lo sucesivo te escuchara un abogado y luego un jurado... En marcha. El jefe nos espera, muchachos.

La bella quedaba olvidada como algo imposible, también...

FIN



R EDITORIAL ROLLAN, S.A.
PINTO (Madrid)

Concesionarios exclusivos en America: **EDITORIAL AMERICA, S.A.**
2180 S.W. 12 Avenue • MIAMI, FLA. 33129 - USA

15
PTAS.